Montserrat Valls Giner | Joan Genovés Timoner

El Laberinto de Ariadna

EL LABERINTO DE ARIADNA

Montserrat Valls Giner | Joan Genovés Timoner

Texto: 2.012 Montserrat Valls Giner y Joan Genovés Timoner
Portada: 2.012 Montserrat Valls Giner y Joan Genovés Timoner
Todos los derechos reservados

DEDICATORIA

Joseph Leo Mankiewicz, que nos inspiró y deleitó con su cine

AGRADECIMIENTOS

A Margarita

ÍNDICE

CAPÍTULO PRIMERO
CAPÍTULO SEGUNDO
CAPÍTULO TERCERO
CAPÍTULO CUARTO
CAPÍTULO QUINTO
CAPÍTULO SEXTO
CAPÍTULO SÉPTIMO
CAPITULO OCTAVO
CAPITULO NOVENO
CAPÍTULO DÉCIMO
CAPÍTULO DECIMOPRIMERO
CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO
CAPÍTULO DECIMOTERCERO
CAPÍTULO DECIMOCUARTO
CAPÍTULO DECIMOQUINTO
CAPÍTULO DECIMOSEXTO
CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

CAPÍTULO PRIMERO

Lo bueno de perderlo todo es que ya no puedes perder nada.

Me repetí esta frase miles de veces aquella mañana pero no me sirvió de nada. Mi esposa, el trabajo y sobre todo mis hijos.

Aquella tarde no quería volver a mi apartamento así que me dirigí a “Negro”, el bar de moda en Barcelona. La música era demasiado estridente en la entrada así que me acomodé al final de la barra, era el sitio más tranquilo para pensar y poner en orden mis ideas.

Verónica se acercó con “mi cubata”, esa chica tenía memoria además de unas piernas esculturales.

Mientras se empezaba a deshacer el hielo recordé el rostro de Raquel, su sonrisa radiante el día de nuestra boda: dieciocho de enero. El calendario marcaba el mismo día. Pero esa boda ocurrió treinta años atrás.

Estaba tan nervioso aquel día que tuve que cerrar la galería. Maite no podía llevarla sola, en aquella época habían cuadros muy valiosos, sobre todo de arte impresionista. Me había especializado en eso después de la muerte de mi padre.

Mi idea no era seguir el negocio de la familia, pero las ideas quedan arrastradas inexorablemente por el juego de la vida.

Ese mismo juego que un día trajo la guerra, y esa guerra los campos de concentración, y esos campos devolvieron una sombra silenciosa y triste de quien había sido un hombre bueno, tranquilo y lleno de vida: Mi padre.

Lo dejaron volver a casa, según dijeron para morir. Y eso es lo que parecía, sus huesos crujían y sus orejas eran transparentes, totalmente transparentes.

Pero no murió aquel invierno, esperó después de muchos inviernos, a los fuegos de San Juan para irse. Y mi madre se fue con él, no corporalmente, pero su mente desapareció.

Mi hermana y yo intentamos desde el primer día que todo volviera a la normalidad, pero aquello era imposible. La sonrisa de mi madre nos había abandonado.

Quizá por eso me sorprendí una madrugada cuando vino a mi cama y me despertó.

- Roger, hijo, despierta, necesito hablar contigo.

- ¿Ocurre algo?

- Tu padre ha venido a verme, esta muy contento porque vas a seguir con la galería.

Nunca supe si todo aquello fue una estratagema o realmente mi madre tuvo una alucinación. La cuestión es que mis deseos de ser médico desaparecieron tras la sonrisa de mi madre, la primera en un año. Dalí, Tapies y el magenta sustituyeron al quirófano y las vendas.

Esa sonrisa duró muchos años hasta que apareció Raquel. No hacia falta que me dijera lo que le parecía mi futura mujer; Raquel intentó ganársela pero de una manera equivocada, con regalos y a mi madre lo material le traía sin cuidado. Igual que a mí, pero creo que aun actualmente ella no entiende nada. Ella, Raquel, ahora mi ex mujer, distintas definiciones para lo que fue: mi pesadilla.

Pero aquel gélido día de enero el sonido de las campanas, el olor de las rosas y los labios de Raquel después del “sí quiero” no hacían vislumbrar tormenta, aunque a veces cuando miro hacia atrás recuerdo que me llamó la atención un hombre irlandés, no paraba de beber y de mirarnos (su cabello rojo y su acento le delataban). Se fue antes de terminar el banquete, y como despedida dejó un paquete al camarero del restaurante: era un cuadro de Klimt, no me molesté en preguntar quien le había invitado, lo único que pensé es que odiaba a aquel pintor.

Pero más odié la primera noche con la que ya era mi mujer.

- Mira Roger preferiría que esta noche no hiciéramos nada, entre la boda y el banquete estoy agotada.

Yo no entendía absolutamente nada. Ella me dijo que quería llegar virgen al matrimonio… y así fue hasta que pasaron tres meses. No le fui infiel, tuve paciencia y esperé. Cuando eres joven soportas muchas cosas, que luego con el paso del tiempo te parece irreal que aquel hubieras sido tú.

Una noche de tormenta llegué a casa más cansado de lo normal. Al dejar el paraguas en la entrada me di cuenta de que había un cambio: en lugar del cuadro de Klimt había otro, “El Jardín de las delicias”.

- Cariño, vienes empapado. Te prepararé el baño.

Era lo bueno que tenía Raquel, era perfecta, dulce, inteligente, era un verdadero placer vivir con ella sino hubiera sido por su negativa a tener sexo. Pero aquel día fue distinto. Es curioso, los días que piensas que serán mediocres llegan a ser un día en tu calendario que no olvidas jamás: diez de marzo.

El agua, no demasiado caliente, como me gustaba. Música de Puccini, y ron con coca cola.

Lo que no estaba previsto era lo que vino a continuación.

Raquel entró en el cuarto de baño con un albornoz, se acercó y quedándose desnuda entró en la bañera conmigo. Acercó sus labios a los míos y deslizó su lengua fuertemente, casi haciéndome daño, acercó su mano a mi cuello apretándolo y, de improviso me hizo penetrarla.

Sé que los hombres según opinan las feministas no pueden ser violados pero así es como yo me sentí aquella noche.

Los truenos siguieron acompañando a aquella tormenta y Raquel seguía bamboleándose arriba y abajo. Su cabellera negra me tapaba los ojos, salimos del baño y lo hicimos en el suelo, y después, cuando creía que íbamos a comer algo pues nos dirigíamos a la cocina, me tumbó en la mesa, junto con lo que se supone que sería nuestra cena. Toda la comida acabó en el suelo y los vasos rotos. Aquel día no cenamos, ni dormimos.

O quizá sí dormí unos minutos, mientras oía el rumor de la lluvia y mientras pensaba que aquella mujer que tocaba mi piel me había mentido. No había sido yo el primero, no es que me importara pero no entendía que sentido tenía aquel engaño.

Al cabo de unos días aquella escena parecía haber existido sólo en mi imaginación. Raquel volvió a ser fría y distante en la cama y, lo que aún era peor, fuera de ella era un témpano. La falta de sexualidad y de cariño me hizo dejar de quererla poco a poco.

Fue pasando el tiempo y nuestra relación fue empeorando. Sólo ocasionalmente hacíamos el amor, y era de un modo mecánico, como si fuera una obligación. Pero las máquinas también hacen milagros y una noche de Navidad engendramos a los gemelos.

Cuando Raquel me lo dijo pensé que todo se arreglaría. Los de mi generación somos unos ingenuos. ¿Que cabe esperar de los que

hemos perdido nuestra inocencia en la Costa Brava con una sueca?, la dictadura, la opresión y la represión te llegan a hacer creer en “Historias de Filadelfia” y en “Que Bello es vivir”.

Ironías de la vida. En la Costa Brava, concretamente en La Escala me di cuenta de que mi matrimonio era niebla transparente.

- Roger, hemos de hablar. No deseaba hacerlo pero ya llevamos ocho años casados y esto no tiene ningún sentido. Quizá te tenía que haber hablado mucho antes de muchas cosas pero no sabía como explicártelo. Por eso te mentí, y te dije que era virgen. Y por eso odio el sexo.

- ¿Por qué Raquel? Sea lo que sea lo que te ocurra lo aceptaré, y más ahora que seremos una familia.

-¿Sea lo que sea?…

Asentí con la cabeza y me serví un coñac. No me gustó, intuí que mi mujer me iba a contar algo grave. Las mujeres opinan que sólo tienen intuición ellas. No sé si es intuición, o como dice una amiga mía el resultado de analizarlo absolutamente todo.

Raquel no esperó respuesta y bajó la mirada mientras me hablaba. Con voz dulce, la misma que me enamoró cuando nos conocimos (aunque lo que contó era realmente amargo).

- Veras, Roger lo que voy a contarte no lo sabe nadie y espero que me guardes el secreto. No quiero que nos separemos, y menos ahora. He estado acudiendo a un psiquiatra durante los últimos meses y aunque ni siquiera le he contado esto me ha hecho pensar que te seguía queriendo y que eras lo más importante de mi vida.

Creemos que el tiempo lo borra todo y no es cierto. Si nos guardamos las cosas se pudren dentro de nuestro interior y el hedor nos destruye.

Aparte de mi virginidad te mentí en una cosa: no soy hija única, tuve otra hermana, éramos gemelas. Aunque digan que los hermanos gemelos se parecen no es cierto, Helena y yo éramos totalmente distintas. Crecimos distanciadas, no nos comunicábamos apenas, no sé, había algo en ella que me repelía. No sabía el que, pero sentía un rechazo fuera de lo común. Mi madre no le dio importancia, creyó que eran celos, pues mi padre sólo tenía ojos para Helena.

Los domingos mi madre y yo íbamos a misa. Mi padre se quedaba en casa. Él siempre decía que Dios era un invento hecho por los

hombres para hacernos la vida más soportable, mi hermana también se quedaba en casa pues iba retrasada con los deberes. Así eran todos los domingos hasta aquel domingo, que fue distinto. Le dije a mamá, en medio de una canción que iba a casa antes pues sentía los dolores del periodo muy fuertes. Ella se quedó en misa, pues después tenía que hablar con el párroco.

Cuando llegué a casa, entré sigilosamente, no quería que nadie me importunara. Desde mi habitación oí unos gemidos, y luego gritos, venían de la habitación de Helena. Me acerqué y miré por el agujero de la llave. Lo que vi no lo olvidaré mientras viva: mi hermana estaba encima de mi padre, desnuda, sus manos en sus labios y las manos de él acariciándole los pechos. Me mareé, vomité aunque no lo bastante para quitarme las nauseas.

Nunca se enteraron de que presencié esa escena pero yo no pude olvidarlo. Lo terrible de todo aquello es que la cara de ella no era de rechazo ni de temor, su actitud denotaba placer y deseo.

Al cabo de dos años Helena se suicidó. Nadie entendió porque una chica que lo tenía todo optó por aquel camino. Yo sí lo entendí, y odié a mi padre. Mi madre interpretó mi actitud como una reacción extraña a lo que había sucedido.

Tan sólo llevaba el cuerpo de mi hermana dos días bajo tierra cuando, la inocencia de mis catorce años se perdió al abrirse una puerta…

- ¿Qué sucedió Raquel?

- Mi padre, el señor que viene a casa por Navidad y te regala una caja de puros, me violó. Me resistí, pero me empujó contra el armario, caímos al suelo y empezó a golpearme con los puños, tan fuerte que creí que me mataría. Mientras me penetraba iba repitiendo constantemente el nombre de mi hermana.

Al día siguiente me marché a vivir con mis tíos. Mi madre aceptó bien la propuesta, creo que en el fondo siempre supo que ocurría en aquella casa.

- ¿Y tu padre, te dejó marchar?

- No le quedaba otra alternativa. Sabía que si no lo hacía se lo contaría a mi madre y cuando el polvo sale de las alfombras pueden pasar muchas cosas. Además, él sabía que yo no era Helena.

A partir de ese momento odié el sexo. Sólo tuve un novio, un chico

irlandés. Supongo que ni te fijaste pero estuvo en nuestra boda. No sé quien le invitó pero le eché antes de acabar el banquete.

Claro que me acordaba de aquel hombre…

- ¿Pudiste tener relaciones con él?

Se rio antes de contestar, a medida que iba relatando su pasado volvía a recuperar la Raquel de quien estaba enamorado.

-¡Que va!, un día lo intentó, en el parque de La Ciudadela, pero lo único que obtuvo fue un arañazo en la cara. Eso fue el final de nuestra historia de amor. Además “El Príncipe Azul” era alcohólico, bisexual y “camello”.

Dicho esto Raquel se acercó a mí, y me abrazó.

- Tú eres mi “Príncipe”. Te quiero con toda mi alma Roger y quiero que nuestro matrimonio funcione, por eso quería contarte mis secretos, para que me entendieras y volviéramos a empezar.

Raquel me besó. Aquella noche hicimos el amor, suavemente, con mucha dulzura, y mientras tocaba sus senos recordé aquel cuadro de Klimt, que había estado en nuestro recibidor durante tanto tiempo. Raquel desconocía que yo supiera quien nos hizo ese regalo.

Después de hacer el amor cogí un cigarro, y a mi mente, mientras lo encendía vino el título del cuadro: “La Tragedia”.

CAPÍTULO SEGUNDO

Durante seis meses fuimos una pareja feliz, de aquellas que comen perdices y salen en los anuncios de colonia. Pero como en las películas salió el fin, y fue a los siete meses. A Raquel se le adelantó el parto. Estuvimos cuarenta y ocho horas en el hospital: resultado dos gemelas, tan bonitas que me extrañó que algunos padres vean a sus hijos feúchos

Mi mujer amaba la historia y se empeñó en ponerle nombres extrañísimos a las niñas: Clío y Melpómene, eran las musas de la historia y la tragedia respectivamente. Intenté hacerla cambiar de opinión pero fue en vano.

Los primeros meses, a pesar de no dormir por las noches, y de todo lo que conlleva el tener hijos, nuestra relación fue muy bien. Volvimos a comunicarnos, verbal y físicamente, pero ya no era lo mismo.

De todos modos tenía muy claro que había que poner todo mi empeño pues ahora no estábamos solos en esta noria. Además, cuando veía a mis hijas había planteamientos que ni me los cuestionaba.

Ahora si miro atrás me sonrió de lo estúpidos que llegamos a ser. Nos preocupamos por cosas nimias y luego una puñalada seca, que te deja sin sentido, te hace reaccionar y darte cuenta que la vida es otra cosa, diferente a lo que habías planeado y que, te guste o no, eso es lo que hay.

La puñalada empezó a rozar mis carnes cuando las gemelas cumplieron seis meses. Cuando eres primerizo muchas de las anormalidades que pueden surgir en un niño te pasan desapercibidas, pero nosotros teníamos una ventaja, podíamos comparar a Mel (ante ese nombre toda la familia optó por el diminutivo), con Clío.

Los primeros síntomas que percibimos fueron dificultad al comer, más tarde hipotonía y trastornos visuales. Los médicos le diagnosticaron “Enfermedad de Tay-Sachs”. Nos explicaron que era un trastorno en el metabolismo de los lípidos. Lo que no nos explicaron es porque Clío había tenido esa desgracia, y tampoco nos explicaron que a partir de ese día nunca más podríamos ser felices, siempre habría una hendidura, allí donde terminan los sueños.

Clío, después de un año y medio se quedó ciega. A los tres años murió.

No recuerdo nada de lo que ocurrió aquel día, solamente que llovía y pensé que el primer día que fuimos al hospital también estaba lloviendo.

Los primeros días todo me recordaba a Clío. Me di cuenta de que, aunque Mel y Clío eran muy parecidas, Clío tenía más dulzura, más ternura, en una palabra: tenía “ángel”.

La echaba de menos en cada momento, Raquel estaba muy extraña, fría, parecía que no sintiera la muerte de su hija. Esa frialdad surgió también en nuestra cama.

Pensé que necesitaba tiempo pero pasaban los años y Raquel se volvía más huraña, taciturna y amargada.

Respecto a mí, ya me estaba acostumbrando. Para que se sintiera útil le ofrecí un trabajo en la galería; me equivoqué, se metía con el personal (en aquellos tiempos llegaron a trabajar veinte personas), me insultaba delante de todos, nunca encontraba nada bien.

Y en cuanto a los fines de semana ella nunca quería salir y me aficioné a jugar al tenis. Por lo menos cuando salía no tenía que soportar su acidez.

Por desgracia el lado más amargo de la historia fue para Mel. Raquel siempre la estaba riñendo, comparando…

- Si tu hermana viviera esto lo haría bien… Clío era perfecta…..

Esa fue la razón de no marcharme de allí y abandonarla, si hacía eso perdía a Mel.

Además Raquel muchas noches salía y volvía de madrugada. Nunca me paré a pensar a donde iba. En aquellos momentos ya no me importaba. No es cierta la opinión que tienen muchas mujeres de los hombres. Piensan que un hombre va loco sino tiene sexo. Estuve todo un año sin tocar a mi mujer. No la deseaba, no la quería, así de simple. Como dicen en la película “El Declive del imperio americano”: “Si no amo no me empalmo”.

Hasta que conocí a Natalia. La conocí un día de lluvia. Estaba jugando al tenis con Luis, mi mejor amigo. Empezó a llover mientras jugábamos, lo dejamos, y después de ducharnos nos dirigimos al bar. En el fondo aquella tarde necesitaba más que nunca desahogarme. Le

conté a Luis todo mi matrimonio, como iba realmente. Al finalizar sólo me dijo:

- Mira Roger, ya sabes que nunca me ha hecho gracia esa mujer. Es cruel, seria y seca, y por lo que me has contado en todos los sentidos. Déjala, averigua donde va por las noches y pide la custodia de Mel.

En aquel momento me tenía que haber levantado, tenía que haber llegado a casa, llamar a un detective y unos días más tarde llamar a un abogado. Pero no lo hice.

Luis se marchó. Su trabajo era de crítico literario y tenía que terminar de leer un libro de Mercedes Salisachs “El Volumen de la Ausencia”. Mi amigo sabía que era bueno hasta sin haberlo terminado, por algo aquella escritora había ganado el premio Planeta hacia siete años. Pero a Luis le gustaba hacer las cosas bien y terminar lo que empezaba.

Y en cuanto a mí terminé mi gin-tonic. Ahí estaba, sólo y ensimismado en mis pensamientos.

- Tiene razón tu amigo, déjala.

Levanté la vista de mi bebida y vi a una jovencita preciosa. Ojos verdes, cabellera morena y culito respingón, como a mí me gustaban. Entre el gusto de la ginebra recordé el del sexo.

- Perdona ¿te conozco?

- La verdad es que no, me llamo Natalia, no me gusta el tenis, he venido a ver a mi hermana, trabaja aquí. No he podido evitar escuchar lo que contabas, era interesante, creo que lo aprovecharé para mi próximo libro.

- ¿Eres escritora?

- No, soy camarera, pero con el tiempo seré premio Nobel.

- Eso está muy bien, dije riendo. Aquella chica me hizo olvidar que llovía.

Llegué a casa tardísimo. Raquel no estaba, como de costumbre. La canguro me informó de que no vendría a dormir. Eso era una novedad. Con un poco de suerte no volvería.

Mel salió a recibirme con los brazos abiertos, trotando junto a Iris,

una perrita Setter que le compré después de un día de chantaje sentimental delante de una tienda de perritos del Casco Antiguo.

- Mira papá, mira, lo hemos hecho Iris y yo.

Me enseñó un dibujo, estaba Iris, Rosa María (la canguro) y yo. A lo lejos Raquel. Al lado la pata de Iris. El pobre animal aún llevaba pintura.

- Es muy bonito Mel. Y de verás lo creía. Aún lo guardo hoy en día. Aunque con los años no fui a su boda, ni conocí a mis nietos, había tenido sus sonrisas, sus pañales, y su olor. La salvé de una indiferencia por parte de su madre que la hubiera hundido. Ella no lo sabe, pero yo sí, y con eso me siento satisfecho.

Pero eso pasó muchos años después.

- Anda Mel limpiemos la pata de Iris, y vamos a cenar.

- ¿Hamburguesa con cebolla?

- Depende

- ¿De que depende?

- De que digas la frase mágica.

- … Mel sonrió… “supercalifragilísticoespialidoso”. Pero Papa, siempre te equivocas, no es una frase, es la palabra mágica de Mary Poppins.

Después de cenar y ver por undécima vez “La Dama y el Vagabundo”, metí a Mel en la cama.

Iris dormía a su lado. Apagué las luces y me dirigí a la sala de estar para comunicarle a la canguro que volvería tarde. Cogí mi paraguas y desaparecí de escena.

Al cabo de un rato estaba en “Trance”, el bar donde Natalia me había dicho que trabajaba.

Al entrar vi a todo de moscones en torno a ella. Lo dejó todo y vino hacia mí. La envidia se palpó en el ambiente.

- Hola. ¿Te has atrevido a venir?

- Pues ya ves, aunque no te lo creas desde que me casé no he ido a ningún local de ambiente.

- Ya era hora.

Dijo aquello sardónicamente mientras me servía un Martini.

La esperé hasta finalizar el turno y salimos a la calle. Paseamos por las ramblas y luego me invitó a subir a su apartamento. Hablamos durante horas. Ella me contó que tenía novio pero que estaba metido en el mundo de la droga y que no sabía como dejarle.

Yo le hable de Mel, pensé que no valía la pena contar nada de mi matrimonio.

Natalia te hacía olvidar la lluvia y el tiempo. Volví a casa a las siete de la mañana. Raquel aún no había llegado.

No sé que me impulsó a hacerlo pero empecé a registrar sus cajones, no sabía lo que buscaba pero sabía que mi mujer tenía un amante.

Encontré unas cartas y unos negativos de fotografías.

A la mañana siguiente revelé las fotos. Eran de la misma procedencia que las cartas: de su padre.

No me lo esperaba, sospechaba que se acostaba con alguien pero no con él. Era el abuelo de Mel ¿Cómo iba a llevar eso a un juicio? Además aquello implicaba que Raquel estaba enferma.

Esperé hasta altas horas de la madrugada a que Raquel volviera.

Casi me había dormido cuando oí las llaves.

- ¿Que haces aquí? ¿Le ha ocurrido algo a Mel?

No le respondí, ni la miré a la cara. Sólo le puse las fotografías encima de la mesa.

Raquel palideció y hubo un momento en que todo su aplomo se vino abajo.

- No sé que decirte…

- No hace falta que digas nada. Quiero el divorcio, Raquel.

- Ni lo sueñes. Tendrás que luchar muy duro.

Salí a la calle. Necesitaba aire fresco. En casa todo olía a podrido. Todo menos Mel. Tenía siete años, cualquier juez le daría la custodia

a la madre. Quizás, con las pruebas que tenía, pero no, no podía hacerle eso a mi hija, ni a mi suegra, ni a mi propia madre.

Sin darme cuenta había llegado a las Ramblas. Pensé en Natalia y fui a buscarla.

Lo que siguió a continuación no se porque lo hice, no sé si fue venganza, odio…

Llevé a Natalia a casa. Sabía que Mel estaba con su abuela y que Raquel, seguramente estaría en la cama.

- Perdona Roger, pero a tu mujer ¿no le importará que subamos a tu casa? Ya sé que vais mal y todo eso pero creo que todo eso es muy fuerte. No quiero que salga con una pistola y me mate.

- No que va, somos un matrimonio moderno, más o menos como los suecos en los años sesenta. Mentí descaradamente. En aquellos momentos sólo pensaba en dos cosas: en hacerle todo el daño posible a Raquel y en poseer a Natalia. No sabría decir cual era el sentimiento más fuerte en aquellos momentos. Lo que sí sabía es que pasara lo que pasara no me arrepentiría.

Subimos a mi casa, no se oía absolutamente nada, sólo los tacones de las botas de Natalia.

Supe que Raquel estaba despierta por la luz de debajo de su puerta, así que creí que era el momento más adecuado. En cuanto al lugar: la habitación contigua.

Natalia sólo pudo quitarse las botas, las medias, su falda y su top fueron casi arrancados, estaba sediento de sexo, y sediento de ella. La había deseado desde el primer día que la vi.

Cuando la vi desnuda me impactó, tenía un cuerpo perfecto. Me desnudé y la poseí sin preámbulos, aunque tampoco hacia falta, noté su deseo, sus ganas, sus jadeos y más tarde sus gritos. Lo hicimos siete veces. No sé si fue el morbo de la situación, o que aquella chica era especial.

Antes de dormirme escuché unos sollozos provenientes de la habitación de al lado.

A partir de aquel día Raquel luchó con todas sus fuerzas y lo logró, se quedó con la casa, con Mel y con la mitad de la galería.

Mi abogado no entendía porque no aportaba pruebas contra mi

mujer. Sabía, puesto que éramos amigos lo de mi suegro y no entendía la razón de no sacar a la luz todo aquello.

El juicio duró un año y tuvimos que vivir juntos todo ese tiempo. Lo aproveché para explicarle a Mel todo lo que una niña, de ya ocho años, podía entender. Intenté decirle que nada cambiaría respecto a su papá, que yo siempre estaría a su lado. Palabras, palabras que se las lleva el viento si el odio y el rencor emergen entre ellas. Y Raquel, desde hacia mucho tiempo planeaba quitarme a Mel.

Por fin todo terminó y me fui a vivir a un piso, propiedad de mi madre en Vilapiscina, cerca de Horta y lejos del trabajo. Pero eso sí, menos contaminado, en todos los sentidos.

No volví a ver a Natalia. Le escribí una carta y mis mejores deseos.

Ella al cabo de dos años me contestó:

> “Querido Roger”:
>
> “No sé si crees en el destino pero yo sí. Después de lo que te ocurrió a ti me di cuenta que no hemos de dejar pasar los trenes”.
>
> “Dejé a mi novio, el drogadicto, y dejé el trabajo de camarera. Ahora vivo en Girona, es mucho más tranquila que Barcelona y se respira mejor”.
>
> “Me caso dentro de dos semanas con un amigo de mi infancia. Me gustaría que vinieras aunque si no lo haces lo comprenderé”.
>
> “Te quiero, aunque nunca te lo dije”.
>
> “Natalia”.
>
> “PD: Junto a la carta te envió el primer libro que he escrito, espero que te guste”.

No fui a la boda, pero sí leí el libro. En una noche. Antes de dormirme pensé que yo también la había querido pero nunca se lo dije.

CAPÍTULO TERCERO

Raquel no se quedó sola por mucho tiempo. Al cabo de dos semanas de marcharme ya estaba viviendo con otro hombre: el irlandés.

Resultó que el hombre misterioso del cuadro se llamaba Tim Bradford. El detective al que contraté me dio unos informes espeluznantes. Tal como me había dicho mi ex mujer era alcohólico, bisexual y camello.

Pero se olvidó de un detalle: en Irlanda tuvo muchos problemas debido a un trastorno sexual, la paidofilia. Le atraían los niños pequeños. En su tierra natal tuvo problemas con una vecina de su barrio, le acusó de violar a su hija de tres años. No se pudo probar nada en el juicio, pero se tuvo que marchar de Irlanda y vivió durante tres años en la isla de Skye, en Escocia. Era una isla tranquila y muy apartada de todo por lo cual era fácil pasar inadvertido.

Tim nunca había trabajado en nada honesto, por lo general sus recursos provenían de mujeres mayores, adineradas y solas.

- Hablando en plata Roger, un “chulo”, es atractivo, tiene labia y sabe engatusar.

El detective siguió contando la trayectoria de “aquella joya”.

Como Tim no había trabajado en su vida, volvió al antiguo trabajo, y ahí es donde se equivocó.

La isla es muy pequeña y todo el mundo se entera de todo. Su error fue la señorita Evans, la profesora del colegio. En un sitio tan pequeño la gente no tiene la maldad que se tiene en las grandes ciudades. La profesora se enamoró realmente de Tim. Cuando se enteró de que se había aprovechado de ella sólo pensó en vengarse. No le fue difícil buscar información de su pasado ya que su hermano era policía, y las piezas del puzle se unieron con tan solo un fin de semana en Corck.

La misma noche que la señorita Evans volvió a la Isla, a Tim le dieron una paliza tan fuerte que casi lo matan. La policía no se cansó demasiado en escudriñar quien había sido el culpable, todos aquella noche tenían coartada.

Cuando los médicos le dieron de alta Tim se marchó de Escocia a Berlín y de ahí a Yugoslavia. Se instaló en Stari Grad durante mucho tiempo, le mantuvo una mujer viuda Helenca Miljaviç. Así que estuvo tranquilo, pescando, paseando por la isla y tomando el sol. Y la tranquilidad terminó de cuajo, la viuda fue asesinada. Se sospechó de Tim, pero tampoco pudieron probar nada. Una jovencita preciosa de 28 años juró que había estado con ella durante toda la noche. No había huellas, no había más pistas, así que se cerró el caso. Por si acaso nuestro amigo se fue de Stari Grad.

Y vino al país del sol, donde conoció a tu mujer. Y ahora viene lo peor Roger: en los dieciséis años que habéis estado casados se han seguido viendo. Tenían un apartamento alquilado en el Paseo de Gracia.

- Aquí tienes el informe por escrito.

- A ver si lo he entendido Pablo. ¿Me estas diciendo que el hombre que vive bajo el mismo techo que mi hija es un probable asesino, pervertidor de menores, alcohólico y chulo?

- Así es Roger, lo siento.

- Pero algo podrá hacerse. Con todas estas referencias puedo luchar por su custodia ¿no?

- Me temo que es imposible. No tiene antecedentes absolutamente de nada.

- Y si lo siguiéramos durante un tiempo…

- Podemos intentarlo pero ese tipo es muy listo.

No hice caso de la opinión de Luis y lo estuvimos investigando durante meses. Todo fue en vano, no pudimos descubrir nada. Y era obvio que estaba haciendo negocios extraños. Raquel pasó de su casa a vivir a Pedralbes, diez habitaciones, tres garajes y ocho cuartos de baño.

Por las noches no podía dormir, tenía sueños horribles de Mel y Tim. Por el día intentaba pasar siempre por el colegio, aunque sólo fuera un momento para ver como estaba Mel.

Un día Raquel me llamó por teléfono para prohibirme esas visitas.

- No quiero que vayas a ver a la niña tan a menudo.

- ¿Por qué? También es mi hija.

- Sí, Roger pero tienes unos días para verla, y no puedes saltarte las normas cuando se te antoje.

- Las normas, Raquel, se las salta tu querido novio.

- ¿Qué quieres decir?

- Escocia, Stari Grad, Helenca, la señorita Evans.

- ¿Cómo sabes todo eso?

- Lo sé. Que importa como… Raquel, ¿cómo puedes vivir con ese tipo? ¿No temes que le haga algo a Mel?

Raquel me colgó el teléfono. No volví a hablar con ella hasta después de mucho tiempo, en el accidente de Mel, pero en aquella época ya no había nada de que hablar.

Me sumí en una gran depresión. Le pedí a Luis que me ayudara con la galería. Llegó un momento en que casi no iba. Dormía, comía y dormía. Ni siquiera salía a la calle muchos días.

Y el sexo, era un recuerdo. No pensaba en ello. No pensaba en nada.

Una tarde que estaba en casa sonó el timbre. Era mi hermana Gloria. Su sonrisa me animó sólo entrar, le conté todo lo sucedido. Me animó y me convenció (aún no se como de que visitara a un psicólogo).

Así lo hice. Al cabo de dos meses volví a ser el mismo. Miento, nunca se es el mismo otra vez. Una parte de nosotros muere y no se despierta nunca más.

Pasaron cuatro años llenos de monotonía y cierta tranquilidad. Mel estaba a punto de cumplir trece años, y cada vez se parecía más a su madre, físicamente y, por desgracia sospechaba que también psíquicamente. Durante años había intentado inculcarle a Mel los valores, los ideales, los sentimientos que mi padre me había enseñado: lealtad, fidelidad, sinceridad.

Pero Raquel le había inculcado lo único importante para ella: La ambición. Es el único lenguaje que esa mujer entendía. El dinero, el dinero y el dinero. Nada más.

Me tenía que haber dado cuenta a medida que Mel crecía, siempre hablaba de marcas de ropa. Era su único tema de interés. Eso y que de mayor quería un novio rico. No le importaba si era una buena persona, sólo le importaba que tuviera dinero.

Es imposible traspasar una parte de ti a tu hijo si solo lo ves cada quince días.

Un domingo recibí una llamada de Mel, me extrañó, no era día de visita, ni ningún cumpleaños. Mientras acariciaba a Iris (en la separación me quedé con ella), lo cual fue una de las mejores decisiones de mi vida. Aquel animal parecía que me entendiera, y paliaba mi soledad en aquel apartamento. Levábamos cuatro años viviendo en Virgen de Montserrat, era un barrio tranquilo y había varios parques alrededor en donde Iris podía correr a sus anchas. Cada mañana la llevaba a pasear, después comíamos entre los dos un croissant, para dirigirnos seguidamente a la galería. Maite también le había cogido cariño, se sentaba debajo del mostrador y se acurrucaba a los pies de mi empleada.

Empleada que pasó a ser amiga. Sí ya sé que no se debe juntar amistad y trabajo, pero eso es lo único que había amistad. Maite tenía novio y se la veía muy feliz. Supongo que su felicidad ayudó a mi infelicidad en aquellos tiempos y me sentí acompañado. Sí, puede decirse que Maite e Iris eran mis únicas amigas.

Aunque parezca mentira no tenía ganas de sexo ni de conocer a ninguna mujer. Solamente salía los fines de semana si Luis me llamaba. Para que luego digan que los hombres no tenemos corazón y que cuando nos separamos nos acostamos con la primera que pasa.

Antes de sonar el timbre Iris levantó sus orejas y se dirigió moviendo el rabo hacia la puerta. Entonces sí, entonces sonó el timbre. El antipático sonido me hizo volver a la realidad y despertar de mi ensimismamiento.

- Hola Iris, preciosa ¿cómo estas?

Antes de besarla observé un cambio en mi hija. No sabría decir el que…

- Hola papá.

Su beso fue frío al igual que su voz.

- ¿Cómo estás cariño?

Sus labios dijeron: bien. Su mirada dijo: fatal papa, lo que voy a decirte me desagrada enormemente.

Nos sentamos en el comedor. No puse bebidas ni nada para picar, algo me hacía intuir que Mel no iba a quedarse demasiado rato.

Sin quitarse la chaqueta se sentó cruzando las piernas y evitando mi mirada.

- Verás papa, Tim me dijo que hiciera esto por teléfono pero pensé que era mejor así.

¿Tim? Que tendría que ver aquel tiparraco con lo que iba a decirme…

- Estoy embarazada. La semana que viene voy a casarme.

Me quedé estupefacto. Si era una niña. Ni siquiera me había planteado que pudiera tener la regla.

- ¿Quién es el padre?

- No lo conoces, Jack Stampletton, un amigo de Tim, es americano.

- Pero, ¿desde cuando lo conoces? ¿Quién es?

- Eso no importa, no hagas las cosas más difíciles.

Su mirada se enturbió de dudas y prosiguió. En cuanto a mí estaba como si me hubieran extraído toda la sangre del cuerpo.

- Tiene más o menos tu edad. Es rico. Aparte de tener campos petrolíferos dirige la “Asociación de las Almas del Padre”. Esa es una de las razones del porque estoy aquí. Esta asociación es, para que lo entiendas, como una religión. He encontrado aquí todo lo que buscaba, por eso he de sacrificar una serie de cosas. No podemos relacionarnos con gente que no sea de la asociación…

No podía dar crédito a lo que estaba oyendo. ¿Mi hija embarazada de un caliente mental de cuarenta años? ¿Mel metida en una secta? ¿Y su madre, estaba loca también?

- ¿Mamá esta de acuerdo con todo esto?

- Por supuesto, ella lleva muchos años metida en la Sociedad.

- Supongo Mel, que una de las razones de que estés aquí, es que te dé el permiso para casarte ¿no?

- Sí, papa pero hay algo más.

Con voz avergonzada dijo lo que me temía desde que empezó la conversación.

- No podremos vernos. Tal como te he explicado antes no podemos relacionarnos con gente diferente…

¿Diferente? ¡Por Dios, era su padre! Podía haber hecho miles de cosas, haberle negado el permiso, haberle dado mil y una razones de que aquello era una locura. Pero no hice nada, ni siquiera pegarle dos tortas para que reaccionara. No hice nada porque hacía tiempo que había perdido a mi hija, Raquel se había encargado de ello. Con voz cansada, y esta vez sin mirarla le respondí.

- De acuerdo Mel puedes decirle a tu madre y a Tim que han ganado. Sólo te pido dos cosas cariño: que si me necesitas vuelvas a mí. Yo estaré aquí.

- ¿Y la segunda?

- Que me escribas cuando hayas tenido al niño para decirme que todo ha ido bien.

- De acuerdo… papá, te quiero pero no puedo hacer otra cosa ¿lo entiendes verdad?

- No, no lo entiendo. Podrías venir a vivir aquí, pero en el fondo lo que té pasa es que estás totalmente obnubilada por el dinero de ese hombre. Desengáñate, no hay nada más. Desde que naciste tu madre te inculcó la riqueza como el objetivo de la vida y ya lo has logrado, puedes sentirte satisfecha. Y ahora, si no quieres nada más tengo trabajo.

- Estás enfadado y lo entiendo, pero no tienes razón. De acuerdo, me voy papá.

Se levantó y se dirigió hasta la puerta, antes de abrirla, se giró y me preguntó:

- ¿Me despides con la frase mágica?

- No es una frase, Mel es una palabra.

Me levanté de sillón y me dirigí al cuarto de baño. Iris no fue a despedir a Mel, yo tampoco. Mientras me duchaba, e Iris dormía plácidamente en las baldosas húmedas del vaho del agua caliente,

recordé la palabra mágica “supercalifragilísticoespialidoso” aunque al oír decirlo suene enredoso…

CAPÍTULO CUARTO

Cuando cumples años te planteas muchas cosas, sobre todo si pasas de los 40, o sea, 41 y tu vida sentimental ha sido un desastre.

Fui a cenar esa misma noche con Luis y su mujer, a los postres ya sabía lo que haría.

- Me voy de viaje. ¿Queréis que os traiga algún recuerdo?…

Cristina, la mujer de Luis me miró extrañada.

- Depende, ¿A dónde vas?

Mientras sus ojos verdes me escrutaban vino a mi mente África, el desierto.

- A Marruecos.

- Tú estás loco. ¿Qué se te ha perdido en Marruecos?, si ahí sólo hay bichos y suciedad.

Cristina había ido hacía años y hablaba con conocimiento de causa. De todas formas sus opiniones en cuanto a lugares eran muy poco objetivas, ella adoraba su ciudad Salamanca y lo que no fuera ir allí, no valía la pena, excepción de su luna de miel: en Roma. Cuando volvieron estuvo semanas hablando de La Capilla Sixtina. Aunque era muy católica, le impresionó más la obra de Miguel Luis que Juan Pablo II.

- No sé, supongo que es ir a un país totalmente distinto. He estado en Sudamérica, en Australia, en Asia pero en África no.

- Y ¿América del Norte?

Sonreí de buena gana. Sabía por donde iban los tiros con esa pregunta. Luis era un enamorado del cine y nos habíamos prometido un viaje a Hollywood. El Gran Canyon, San Francisco, Los Angeles, La Casa Blanca…

- Eso, lo tenía pensado pero lo tengo ya en mi agenda de futuro, con unos “conocidos”.

Percibí el cariño con que me miraba Cristina. Sabía lo que había ocurrido con Mel, y podía comprenderme, no solamente por la amistad

que teníamos sino porque tenían un hijo. Hace unos años estuvo a punto de perderlo debido a una enfermedad respiratoria, tuvo que ser internado en una clínica de Suiza, en Berna. Durante un año sólo pudo verlo tres veces y tras los cristales, pues era sumamente contagioso. En aquellos años ella trabajaba y no podía dejar de hacerlo pues la Seguridad Social sólo pagaba una parte de aquel tratamiento. Ella sabía lo que era no ver a la persona que más quieres.

Luis con ironía me dijo la película que iríamos a ver: “El Cielo Protector”.

No entendí su tono, sólo sabía que era de Bertolucci, y yo, sinceramente sólo recordaba “El Último Tango en París”.

Llegamos unos minutos tarde y había un hombre en la pantalla hablando en un monólogo. Pensé que sería aburridísima pero en cuanto Debra Winger apareció me sumergí de lleno en la historia. Una pareja en crisis hace un viaje a África esperando encontrar allí la respuesta a su fracaso. No sólo no encuentran ninguna respuesta, sino que bajo el cielo de aquel país un día, mientras hacen el amor en una montaña desierta se dan cuenta de que ya no les queda nada, de que están forzando una situación que ya no tiene sentido.

Me prometí a mí mismo que no habría más historias como las de Raquel, si algo terminaba, punto y final. Pero lo que no sabía es que la vida no sólo es complicada en los guiones de directores italianos.

Al día siguiente dejé a Iris con mi madre y me dirigí al aeropuerto. Quería ser un viajero, no un turista.

Compré un billete para Rabat.

Mi compañera de viaje era una dulce viejecita salida de la mismísima película “Aeropuerto”.

Mientras la azafata nos contaba que teníamos que hacer si ocurría algo en el avión, la viejecita se presentó como Minerva Theotopoulus, viuda y griega, y por sus joyas forrada.

- ¿Es la primera vez que va a Marruecos?

- Pues sí, no sé si me arrepentiré.

- Que va, es un país mágico, si aprende a ver su luz. Marruecos tiene una luz especial. Aunque eso sí, le recomiendo que pase de Rabat como un suspiro, también de Fez y de Marraquech.

Me reí de buena gana.

- Si sigo sus recomendaciones no veré nada.

- Sinceramente, usted tiene toda la pinta de que no le gusten las aglomeraciones y lo turístico, por eso se lo digo.

El avión despegó, lo cual fue un alivio. La azafata se dedicó a dejar de torturarnos aunque la naranjada que nos iba a traer sería otra clase de tortura.

- Ha acertado. ¿Qué me recomienda pues?

- Essaouira, Ouarzazate, Las Gargantas de Todra, El oasis de Tinenghir, Merzouga, Erfoud y Chaouen.

- Eso, si tengo tiempo.

- El tiempo se busca joven, detrás de su rostro hay una gran tristeza. Quizás si se regala el tiempo, encontrará algo importante en este viaje.

- ¿Es usted adivina?

- Un poco, ¿quiere que le lea la palma de la mano?

- ¿Por qué no? Tenemos todo el tiempo del mundo.

Acerqué mi mano a Minerva mientras la azafata nos traía unas bebidas.

- Le veo un pasado muy triste. Una mujer le hizo daño. También veo una muerte de algo muy suyo.

La interrumpí, quizás demasiado bruscamente.

- El pasado ya me lo sé.

- Discúlpeme, en el fondo intuyo que no cree en estas cosas.

- No, pero continúe. Discúlpeme usted. He salido hace un tiempo de un divorcio, y además una de mis hijas murió. Tengo otra pero como si no. Creo que actualmente sólo tengo a un par de amigos, mi madre e Iris.

- ¿Una mujer?

Sonreí. Aún no entendía porque le estaba contando todo aquello a una desconocida.

- Sí, una mujer peluda, con cola y orejas gachas… y pelirroja.

Soltando una carcajada Minerva comentó que también tenía una perrita. Y ni corta ni perezosa volvió a coger otra vez la mano que yo había retirado.

- Veo otra mujer, viene de un país cálido, la conocerá en un viaje, y otro hijo, un varón…

- Eso está bien. Como consuelo terapéutico me ha convencido. ¿Que profesión tiene?

- Psiquiatra querido, pero ya estoy jubilada.

- ¿Un psiquiatra que lee las manos?

- No fui un psiquiatra tradicional. Mi marido y yo revolucionamos la psiquiatría en Grecia. Cuando él murió mi hija trabajó conmigo pero ya no fue lo mis…

- ¿Minerva?..

Enseguida me di cuenta de que se había dormido. Yo también hice lo mismo, estaba realmente cansado, antes de caer en un sueño profundo oí las palabras del señor del asiento de atrás.

- Ya ves, le quedaban tres meses de vida y él fue el último en enterarse…

- Señores pasajeros hemos llegado a Rabat. Pueden desabrocharse los cinturones. Gracias por haber viajado con nosotros y esperamos que disfruten de su estancia en Marruecos.

- Ladys and gentlemen…

Me desperté sobresaltado, me puse mis gafas y desperté a Minerva.

Cogí su maleta y la mía, disponiéndonos a buscar el resto de nuestro equipaje en el aeropuerto.

Mientras observaba mi maleta oí un grito ininteligible.

Minerva abrazó al chico moreno que se acercó a nosotros.

- Le presento a Mohamed. Bueno, aquí todos se llaman así.

¿Quiere que le llevemos a alguna parte?

- No, gracias mi hotel está aquí al lado y necesito descansar.

- Pues yo, ya descansaré cuando me muera. Mohamed ha de enseñarme muchas cosas.

Me guiñó un ojo y añadió.

- Por eso me gusta viajar, no has de dar explicaciones a nadie, y hay tantos “Mohameds”.

- Bueno, Minerva, es usted encantadora, ha sido un placer conocerla.

- No se despida Roger, nos volveremos a ver, Marruecos es muy pequeño nos iremos encontrando. Y no sólo en este país. En esta vida nos encontraremos tres veces más después de este viaje.

Me reí con ganas, aquella brujita griega era la encarnación del optimismo.

Se alejaba con Mohamed cuando gritó:

- Se me olvidaba Roger, esta mujer que conocerá es la segunda, aún le queda una tercera.

Le hice un ademán con la mano mientras su figura se desvaneció en la luz de Rabat.

Estaba en África, de eso no cabía la menor duda. El color, el olor y el sabor del aire eran distintos.

Una vez en el hotel lo primero que hice fue darme un baño en la piscina, estaba lleno de sudor y de recuerdos. La conversación con Minerva me había hecho recordar cosas que pensaba que ya tenía olvidadas.

De todos modos aquellas horas de avión me habían hecho recapacitar. Todos tenemos un pasado, pero éste no nos ha de arrastrar al infierno.

El agua estaba cálida. Sentí una sensación de calor, de deseo, hacía mucho tiempo que no estaba con una mujer.

Un camarero se acercó a mí. Le pedí un Martini con hielo.

- ¿Desea algo más? Lo dijo con picardía. Sabía muy bien a que se

estaba refiriendo pero no era mi estilo. No porque fuera racista, sino por algo más… me gustaba la seducción. Era una de las cosas que me gustaba más del arte de amar. Sin seducción no me estimulaba.

- No, gracias.

Mientras el camarero se alejaba vi una silueta al otro lado de la piscina.

Parecía una mujer, aunque no debía ser del país pues era muy rubia, por lo que podía vislumbrar, casi albina. Seguramente sería una turista.

Me había bajado un mapa y varias guías del país. Mi idea, tras ver el panorama de gente y de ruidos era descansar aquella noche en Rabat y al día siguiente dirigirme a Essaouira.

Después de cenar lo que parecía un pollo con aceitunas me acerqué al centro de la ciudad; sólo llegar se acercó un chaval de unos diez años, ofreciéndose para enseñarme la ciudad. La Torre de Hassan, las ruinas de Yusuf Yaqub al- Mansur.

Alrededor de los jardines de la torre estaba la casa de Yasaf, el chaval que me acompañaba. Me dijo si quería subir a su casa a tomar un té con menta, añadió que vivía sólo con su hermana de veinte años, desde que murieron sus padres.

Me dije a mí mismo que no tenía nada que perder y que si quería ser viajero tenía que traspasar las barreras de los monumentos y los espectáculos circenses.

Después de subir muchísimas escaleras llegamos a una casita de color amarillo, con la puerta rosa.

Nos abrió la puerta Betsabé. Era la criatura más bella que había visto nunca. Después del té con menta, vino otro té, y otro. Tanto Yasaf como su hermana hablaban español pues su padre era de Granada así que les conté historias, cuentos de terror que a ellos les encantaron.

Yasaf se quedó dormido y yo… yo aquella noche no fui al hotel, respiré el olor a jabón de Betsabé y me inundé en sus partes tibias.

En las películas esas mujeres te roban. En la vida real ella no me pidió nada y aquella noche, ella me lo dio todo.

Al amanecer cerré tras de mí aquella puerta, me despedí de

Betsabé y me alejé con olor a placer, a jabón y a té con menta.

CAPÍTULO QUINTO

Al día siguiente me levanté temprano, quería ir a Marrakech, aunque seguramente como pasó con Rabat mi paso por ahí sería un suspiro.

De camino paré en Essaouira. Sus playas eran agrestes, inhóspitas pero su gente muy agradable y el marisco insuperable. Mientras paseaba por la fortaleza oí que alguien me llamaba:

- Hola. De nuevo nos encontramos.

- Hola, Minerva ¿cómo va el calor?…

- Bien, odio el frío, así que estoy en mi salsa. ¿Ha visto que maravilla de cajas hacen ahí dentro?

Mientras me mostraba una caja preciosa de madera me preguntó si ya había entrado a ver la tienda, si a eso se podría llamar así. Cuatro paredes grises y cuatro chavales puliendo objetos.

- No, pero si usted me lo recomienda entraré.

- Se lo recomiendo, hay cosas interesantes.

Lo dijo de una manera enigmática. Estaba empezando a conocerla, y estaba seguro de que aquello iba con segundas.

- Pues entraré. ¿Quiere esperarme y la invito a tomar algo?

- La próxima vez. Que será en Ouarzazate…

- Esta vez se equivoca Minerva, me voy a Marrakech…

- Pero yo no…

- Hasta la vista, Minerva. Marruecos empieza a parecerme un país muy pequeño.

- Más de lo que se piensa, querido.

Antes de ver desaparecer su vestido añadió:

- Cuidado con las serpientes…

- ¿Las de la plaza Jamaa El Fna?

- Y las otras…

Después de irse entré en aquel sitio oscuro, dispuesto a comprar algo para mi madre.

Al entrar noté por primera vez en aquel país el frío, la humedad… mientras observaba una caja redonda (todas eran cuadradas) percibí un olor peculiar, de perfume…

- 400 dinares, señor.

- Me parece bien, ¿podrías pulirla?

Mientras el chico hacia brillar aquella madera, el perfume cobró vida.

- Es la primera persona que veo que no regatea.

Me giré y me acordé de Bécquer, tenía unos ojos verdes extraños, de un verde extraño, o quizás su mirada era extraña. Su piel era blanca, con pecas, su rostro recordaba a Liv Ullman aunque su cabello era rubio platino, casi albino (de repente recordé donde la había visto, en la piscina del hotel).

- No vale la pena, aquí todo es muy barato y estos chavales tendrían que estar jugando.

Sonrió. Sus labios sonrieron, no sus ojos.

- Me llamo Sofía.

- Roger.

- Español, ¿verdad?

- Sí, bueno catalán, de Barcelona ¿y tú?

- De Italia. Bueno veneciana, de Venecia.

Lo dijo con tono irónico.

¿Es tu primer viaje a Marruecos?

- Sí, mi primer viaje a cualquier sitio desde mi divorcio.

- Lo siento.

No comenté nada de mi vida personal. No sé, había algo en esa mujer que me atraía pero a la vez quería huir, un sexto sentido me

erizaba la piel, las entrañas… ¿por qué no hacemos caso de nuestro instinto? ¿Quién dijo que los humanos son superiores a los animales? Algún imbécil.

- No, no lo sienta, yo estoy muy contenta. Mi marido era un siciliano celoso y metido dentro de la mafia. La noche de bodas me ató a la cama y se fue con los amigos.

- ¿Volvió pronto?

- Sí, con sus amigos. La noche de bodas fue como una convención. No faltó nadie.

El muchacho marroquí me entregó la caja y le di el dinero.

- Bueno, Sofía, ha sido un placer conocerla.

- Perdone, quería pedirle un favor. No he podido evitar oír lo que le decía antes a esa viejecita.

Desearía ir a Marraquech, y como usted va por libre no tiene que ceñirse a los horarios. Hasta mañana no sale ningún transporte.

Mi cara debía denotar sorpresa: me cuenta su vida y se invita a venir conmigo.

- Le pagaría la mitad de la gasolina y los gastos…

No me pude negar, aún hoy en día cuando lo pienso no entiendo porque no dije: no. Algo tan fácil como una consonante y una vocal hubieran cambiado mi destino, ¿o el destino esta escrito?

Me llevé mi caja y me dirigí al Holiday Inn, no sin antes haber quedado en la hora y el lugar con Sofía para dirigirnos hacia Marraquech.

Al llegar a la ciudad, nos hospedamos en el mismo hotel. Era de noche así que después de ducharnos nos dirigimos a ver la ciudad de noche. Los monumentos, los jardines… muy turístico, pero su magia está en la Plaza Jamaa El Fna. Su colorido, sus serpientes, o quizás me estaba enamorando de Sofía… y todo tenía un halo mágico

En la vida hay momentos cruciales, segundos, décimas de segundos que te hacen cambiar tus esquemas. Aquel momento fue en la plaza. Oímos una música y mucha gente se agolpaba. Nos acercamos.

Una muchacha con un vestido violeta transparente estaba bailando al son de una música que salía de la flauta de un marroquí. Una cobra iba saliendo de un cesto de mimbre y se dirigía arrastrándose al cuerpo de la joven que iba descalza, subió por sus piernas y se arrastró hacia sus senos. La muchacha parecía excitada. En aquel momento miré a Sofía. Su rostro parecía irreal en aquel entorno, su cuerpo estaba sudoroso y la ropa se pegaba a su cuerpo. En aquel instante reparé en lo atractiva que era. Me la imaginé desnuda, pero en vez de imaginar poseerla me imaginé que la poseía la muchacha que bailaba.

La música dejó de sonar, la gente se dispersó después de dar unas monedas y yo tuve que esconder mi fuerte erección como pude. Opté por ponerme la chaqueta tejana.

- ¿No tienes calor?

- No, parece que haga un poco de brisa. ¿Quieres que vayamos a cenar?

- ¿Cuscús o Tajine?… aquí siempre comen lo mismo. Lo que daría por un plato de “fetuccini al pomodoro”…

- Pues señorita, tendrá que conformarse con lo que hay, un restaurante sucio, con vasos y cubiertos sucios…

- …Y un camarero con las uñas sucias poniendo su dedo en la sopa…

Nos reímos y nos dirigimos al restaurante de la plaza. Le dije a Sofía que ella escogiera y me dirigí al servicio. Ahí pude desahogarme. Pensé en la piel de Betsabé, en el cabello de Raquel, en los senos de la chica que bailaba… y en los ojos de Sofía. Una mezcla de sudor y semen se deslizó hasta las baldosas. Salí de ahí inmediatamente, las cucarachas pululaban por doquier.

Desde la terraza del restaurante se veía una vista espléndida. Comimos, bebimos y después de varios tés con menta Sofía empezó a hablar. Había estado callada toda la cena y a mis preguntas o comentarios contestaba con monosílabos.

- Tengo que decirte algo, Roger. Veras sé que apenas nos conocemos y que ni siquiera sé si estas casado pero me gustas, me sentí atraída por ti desde el primer momento. Tu no te debes acordar pero te vi en Rabat, nos alojábamos en el mismo hotel pero no me atreví a decirte nada…

- Sofía, no quiero ser poco caballero o ser desagradable pero no quiero una relación aún, no te dije nada pero yo también estoy divorciado, y lo he pasado muy mal.

- No tengo prisa.

Mientras decía estas palabras su mano se deslizó por mi entrepierna.

En aquel momento empezó a amanecer.

Al día siguiente me informé de como ir a Ouarzazate. Quería salir temprano e irme sin avisar a Sofía. No me gustaba nada el cariz que estaban tomando las cosas. Nunca una mujer me había excitado tanto…

Ouarzazate era horrible. Eran las doce del mediodía y hacia un bochorno insoportable. No salí del hotel. Dormí todo el día y por la noche me fui al autocar que llevaba a una especie de espectáculo. Se hacía en tiendas de campaña inmensas, y por lo que me comentaron había aire acondicionado. Eso me tentó a ir. Quizás ahí podría volver a respirar…

Cuando llegué al autocar cual fue mi sorpresa cuando la vi. Ahí estaba besándose con un moro, y ese individuo le estaba metiendo mano. Quise bajar pero el chofer me dijo que no podría volver al hotel pasadas cuatro horas. Así que refunfuñando me senté con una señora que apestaba. Me entraron nauseas, ganas de vomitar y repulsión. No pude evitar ver las manos del moro en las bragas de Sofía.

Al fin llegamos. Bajé sin mirarla, y ella… ella, dudo que siquiera me hubiera visto subir.

Ojalá no hubiera ido, la sopa picante era incomestible y la sémola del cuscús estaba pegajosa. Me tocó en una mesa de aburridos. Un matrimonio que ni se hablaban, con su hijo más aburrido que ellos y tres solteronas pesadísimas intentando entender que hacía yo tan sólo en África.

Pero aunque si Dios existe aprieta pero no ahoga apareció Minerva, mi salvadora, mi hada madrina…

- Hola querido. ¿Por qué no viene a nuestra mesa?

No me hice rogar y me despedí de aquellos muermos.

- Os presento a Roger Sabanés. Nos conocimos en el avión, tiene una galería de arte.

Resultó que todos los de aquella mesa eran artistas. Había un matrimonio japonés que se dedicaba a la escultura. Un matrimonio de ingleses, el marido era pintor abstracto y su mujer una de las escritoras más famosas de Inglaterra. El círculo se cerraba con una jovencita, muy tímida, psicóloga infantil especializada en niños autistas, y que en sus ratos libres era la guionista de más éxito de Hollywood.

Con todos estos personajes la cena tenía que ser un éxito al igual que el espectáculo pero ni la danza de los siete velos, ni las conversaciones con respecto a Gaudí, me hacían olvidar que delante de mis narices alguien se estaba intentando acostar con la mujer de quien me había enamorado.

Me sacó de mi ensimismamiento la voz de Minerva.

- ¿Qué? ¿Ya ha conocido a la segunda?

- ¿A la segund…? Ah, se refiere a esas supersticiones. No lo sé Minerva, en estos momentos no sé nada.

- Sí lo sabe. Y está enamorado, o le parece que está enamorado aunque el amor verdadero lo va a conocer con la tercera.

- Entonces, suponiendo que todas estas patrañas sean verdad, ¿ por qué no me saltó la segunda y así ya voy directamente a lo bueno? . Aquella mujer me caía bien, pero aquella noche me estaba sacando de quicio y mi humor inglés rezumaba por todos los poros.

- Porque es la ley del karma, querido, todo ha de girar, detrás de un paso va el siguiente sino nada tiene sentido…

En aquel instante ya no percibía su voz, delante de nuestra mesa se habían puesto varias parejas a bailar al son de los bongos. El sonido era estridente. La mano oscura de un hombre acariciaba una cabellera rubia… me acordé del sonido de las serpientes al arrastrarse…

CAPÍTULO SEXTO

Al despertarme recordé la noche anterior como un mal sueño. El reloj marcaba las diez, tendría el tiempo justo para hacer de nuevo las maletas y tomar el desayuno.

Mientras el camarero entraba con el carrito desplegué el mapa, quería llegar a Erfoud y saborear el desierto. Aún no sabía si me gustaría pero me fascinaba la idea. Tal y como tenía prevista la ruta pasaría por Las Gargantas de Todra y el Oasis de Tinenghir.

Saboreé mi último café hasta Fez, pero en esos momentos no lo sabía. No sabía que cuando atraviesas Tinenghir se acabó la civilización, los hoteles lujosos y los cafés con leche.

Llevaba horas conduciendo pero al llegar a las Gargantas me di cuenta que no había sido tiempo perdido, eran impresionantes. Todo es tan plano en Marruecos que aquellas rocas tan altas parecían un espejismo.

Desde allí llamé a mi madre. No sé quien dijo que en los viajes hay dos cosas que tendrían que prohibirse: las fotos y las llamadas. Quien fuera tenía razón. Viajar es como soñar, es entrar en un mundo irreal. Hablar por teléfono es como despertarse en plena noche, vuelves a dormirte, pero ya no es lo mismo. Y en cuanto a la fotografía… he llegado a ver cosas maravillosas en los viajes, y os aseguro que ninguna está en un álbum de fotos.

Iris estaba bien, hice bien en no llevarla, no hubiera soportado este clima. La verdad es que no lo soporto ni yo. Mal que me pese Cristina tenía razón ¿Qué se me había perdido en este país? Seguramente la temperatura, la comida, la falta de aseo me habían hecho delirar y fijarme en una italiana con poca clase, preciosa pero sin clase. Además, no me había enamorado, cualquier psicólogo de pacotilla diría que es una proyección por mi fracaso matrimonial y el abandono de mi hija. La próxima vez que viera a Sofía la saludaría cortésmente y adiós muy buenas.

Pasé dos días muy tranquilo, sin Minervas ni sobresaltos. Tinenghir era muy tranquilo, sin café pero tranquilo, me acostumbré a los tés con menta, a los kebab (pinchos morunos) y a los kefta (una especie

de albóndigas hechas con unas especias muy fuertes). La higiene ya me empezaba a preocupar menos, o quizás era un mecanismo de defensa pues en esa zona de Marruecos las duchas brillan por su ausencia, te echas agua como antes de la guerra.

Cuando llegue al pueblo de Merzouga recordé, por primera vez, desde mi salida de Barcelona, la película que fuimos a ver con Luis y Cristina: “El Cielo Protector”. Pude entender, en aquel momento que estaba saliendo el sol el alma del desierto, su olor, y su angustia. Parecía todo muy extraño, por no haber no habían ni extranjeros.

Aquella noche dormí en el desierto, estaba cansado y me sentía parte de aquella tierra. Soñé con Sofía, con su cuerpo. En el sueño no tenía rostro. Cuando me desperté vi el rostro de unos niños mirándome con sorna. Uno de ellos me cogió la mano y me guio hasta lo que debía ser su casa, el dialecto de aquellas gentes era ininteligible, pero su hospitalidad es de las que ya no existen.

Una mujer, la madre de niño supuse, me dejó unos trapos y agua para limpiarme. Cuando salí del baño me obsequió con una harira, una sopa espesa hecha con lentejas. Mukarna, así se llamaba la mujer, me intentó explicar con gestos, que su nombre significaba estalactita, fue una broma de su padre porque quería que su hija fuera fría y distante, para que ningún hombre se la llevara. Pero Mukarna no fue una estalactita, se enamoró y se casó con un hombre de Merzouga.

- ¿Dónde está tu marido?, dije acompañando mis palabras de gestos para que pudiera entenderme.

Sonrió y me señaló el cielo. El Cielo Protector, que a mí nunca me protegerá porque no creo en él, ni siquiera creo en Dios.

O quizá sí creo, en breves instantes, como suspiros, en que puedo sentir algo mágico. Habíamos salido fuera, estábamos sentados en la tierra, los niños jugaban y Mukarna hacía cestas concienzudamente, y entonces me miró, sonrió y sus bellos ojos brillaron en aquel desierto. Puedo decir que fue el instante más intenso de aquel viaje. Más incluso que cualquier orgasmo con Betsabé o con Sofía (en aquel momento no sabía que esa mujer caería en mis brazos, ni lo sospechaba). Cuando los ojos de Mukarna sonrieron el tiempo y el espacio, dejaron de existir. Ahora con la perspectiva del tiempo, me doy cuenta de que lo que buscaba cuando me case con Raquel era eso, lo que llamamos “caliu” en nuestra tierra.

Encontraría Merzouga muchos años después, y Mukarna en la piel

de Anna.

Pero no nos adelantemos al tiempo, caminando se hace camino al andar…

Llegué a Erfoud por la noche. El viento y la arena en mis ojos me hicieron sentir que no era bienvenido, pero estaba cansado, hambriento, y aparte de las tribus azules no había visto un ser humano en kilómetros. Cuando ya iba a rendirme una música me hizo intuir luz, a medida que me iba acercando la música era más fuerte, e incluso, si mi imaginación no me estaba jugando una mala pasada olía comida.

Cuando llegué a la especie de choza convertida en casa, me quedé de piedra, había como diez jeeps en la entrada y desde la puerta se podía oír la voz de Minerva.

- Hola Roger, tiene cara de cansado ¿dónde ha estado? Hace días que no sabemos de usted.

Solté una carcajada. El sueño empezaba a parecer una pesadilla con personajes repetidos.

La comida en la mesa me hizo dejar de analizarlo todo. No sabía que era, pues la luz de las velas impedía incluso vernos las caras, pero Minerva ya se encargó de explicármelo ¿Quizás en otra vida fue mi madre o, era un personaje de algún programa de televisión que te graba sin que tú lo sepas? .

- Pruebe las Rghaïfs, son unas tortitas buenísimas y, de postre kaab el ghzal, en cristiano se traduciría cuernos de gacela, ¿a qué es curioso?, bueno y ahora cuénteme lo que ha hecho.

Mientras le contaba mi recorrido turístico, o viajero, como quieran llamarle aspiré su olor. Si ahora lo pienso, nunca supe que colonia usaba, nunca le regalé un perfume, y sino hubiera sido por eso quizá no la hubiera conocido ni me la hubiera tirado en el desierto.

Sí, señores y señoras. En el desierto, yo que odio incluso comer en la playa.

Primero fuimos a dar un paseo inocente para ver la arena, arena y más arena, no hay más que ver en el desierto y quizás eso aún me hizo ver, aún más de lo que era, atractivo el cuerpo de Sofía. Sus manos expertas me acariciaron hasta lograr hacerme sentir una fuerte erección. La penetré con fuerza, en el fondo quería hacerle daño, no me estaba gustando esta historia por lo cual pensé que si no la

excitaba me dejaría y todo sería más fácil, pero, sin embargo, esa mujer aún se excitó más.

Después de haberlo hecho me volvió a seducir, sus labios succionaban mi miembro vorazmente, sentía sus labios sedientos hasta que me bebió por entero mientras yo arañaba sus pechos repletos de semen y sudor.

Nos dormimos y al día siguiente ya nada pudo detenerme. Lo hicimos al amanecer, al caer la tarde y al caer la noche, y al amanecer y al caer la tarde…

No es verdad lo que dicen las mujeres de nosotros: que sólo vamos por el sexo, pero la verdad, ayuda.

Tampoco es cierto que el dinero de la felicidad pero ayuda. ¿O no?

A partir de aquí no puedo recordar demasiado donde estuvimos y que hicimos, bueno, qué hicimos sí.

En Fez puedo recordar la calle de los tintoreros, el color rojo de los tintes y el verde de sus ojos.

En Chaouen las casitas blancas, el cielo límpido y azul, y el verde de sus ojos.

A partir de aquí tampoco recuerdo porque le dije a Sofía la frase genial.

- Si no tienes prisa en volver a tu país te invito a pasar unos días en Barcelona.

Su cara no denotó sorpresa. Parecía que ya lo supiera.

Y lo sabía, lo tenía planeado, pero yo… aún no lo sabía.

- Será un auténtico “piacere”.

Su acento italiano me excitaba tanto… tanto que estaba cayendo en un precipicio, con los ojos vendados.

Su ropa estaba totalmente mojada de sudor y nuestros líquidos se mezclaron entre penetraciones y felaciones. Nadie, hasta aquel momento me había succionado el pene como aquella mujer. Me corrí seis veces y creo que ella más.

Tenía que haberme dado cuenta de que Sofía era una experta, tenía que haberme dado cuenta que no sabía nada de esa mujer, y

sobretodo tenía que haberme dado cuenta de que era de las mujeres de quién no te tienes que enamorar.

CAPÍTULO SÉPTIMO

Al volver a Barcelona llovía copiosamente y siguió lloviendo durante diez días seguidos, no era normal aquel clima. Y tampoco era normal que uno de los seres que más quería hubiera muerto atropellado. No fue culpa de mi madre, ni culpa de nadie. Iris tenía la manía de perseguir a los gatos y por culpa de un siamés cruzó la carretera corriendo como un relámpago, mi madre cayó y se rompió el pie. Y mi alma se rompió cuando entré en casa y vi su hueso, su cama, y su osito.

A veces pienso como se llega a querer a un animal, aún hoy en día cuando veo un setter irlandés veo su sonrisa, sus ojos brillantes. Me prometí a mí mismo no tener nunca más un perro, pero no contaba con que Anna tenía un cocker, así que la verdad, no se porque en la vida hacemos planes.

Al enterarme de la muerte de Iris, pensé en llamar a Mel, pero rechacé la idea. No tenía ningún sentido.

Me alivió pensar que Iris no había sufrido y me ayudó que Sofía se quedará unos días. No hubiera soportado estar sólo.

Supongo que esa sensación de soledad fue el motivo de que ella se quedara tanto tiempo. Durante quince días me dio todo su cariño, su amor. Estuvo en el momento adecuado y en la situación adecuada.

Una noche, saliendo de “La Mamma”, una pizzería que le encantaba a Sofía, no sé si fue la luna llena o el vino italiano, pero la cuestión es que me comprometí. Ahora desde la perspectiva que me da el tiempo volvería a repetir los mismos sucesos, no por esa mujer que fue mi pesadilla sino por Christian. De eso no me arrepiento.

Su cabello rubio ocultaba su rostro, sonrió y me miró, denotando sorpresa.

- ¿Me estás proponiendo que viva contigo?, ¿dejar Italia?, ¿dejarlo todo?

Por un momento pensé que me diría que no pero se me lanzó a los brazos y me abrazó.

Aquella noche la poseí por detrás, pareció que a ella le gustaba y logró correrse, algo extraño en las mujeres. O les duele o no logran

sentir nada. Cada vez me daba más cuenta de que tenía mucha experiencia, pero no me importaba. No quería saber nada de su pasado. Sólo sabía lo que me contó en África. Y ya tenía bastante.

Llevábamos siete meses viviendo juntos. Sofía nunca llamaba a Italia, no me habló de su familia ni de su trabajo. Pero un día la llamaron de Italia. Lo cogí yo, ya que ella había salido, con Brenda, una amiga que había conocido en el supermercado, y con lo que hablaban las dos tardarían en volver.

La verdad es que nunca me fijé, si me hubiera fijado, un poquito tan solo me hubiera percatado de que siempre se iban a la misma hora y volvían a las ocho.

- ¿Es usted Roger?, Sofía me dijo que podía encontrarla aquí, llamo desde Nápoles.

- Sí, soy Roger. Sofía ha salido y tardará en volver. ¿Quiere dejarme algún recado?

- Sí por favor, dígale que su hermano esta muy grave, ha contraído el Sida y los médicos me han dicho que era necesario que viniera algún familiar. Y como ya debe de saber no hay ningún familiar, todos fallecieron en aquel accidente.

- No, no lo sabía ¿Qué ocurrió?

- El padre de Sofía era un alcohólico, una noche que volvían de vacaciones chocaron con un camión. Iban en contra dirección. Sólo sobrevivió Sofía y su hermano Giuseppe.

Mientras anotaba los datos del hospital de Nápoles, le dí las gracias a aquel hombre, dándome cuenta que no sabía ni con quien había hablado.

- Perdone… ¿su nombre?..

- Michelangelo, aunque supongo que mi nombre no le dirá nada. Soy el ex marido de Sofía. Ahora tengo que colgar. Ah, dígale que ya he corrido con todos los gastos, que no se preocupe. Arrivederchi, Roger y espero que tenga usted más recursos que yo.

- Arrivederchi.

Sofía llegó a casa un poco más tarde de lo normal. Traía tres botellas de vino y una de champan.

- Hola caro, ¿no has ido a la galería hoy?

- No, durante unos días hará exposiciones aquel escultor americano del cual te hablé, lo cual será una ventaja, ya que creo que tendremos que marcharnos unos días.

- ¿Por qué?, ¿sucede algo? Yo que hoy venía tan contenta para celebrar tu cumpleaños.

Le conté el contenido de la llamada y se quedó tan tranquila. Abrió la botella de vino y dispuso dos copas mientras empezaba a preparar la cena.

Después de un largo silencio le dije que lo sentía.

- No lo sientas, era un heroinómano. Era un perdedor, toda mi familia eran unos perdedores.

- No hables en pasado, puede que no muera.

- Roger, mi hermano está muerto desde hace años.

Sofía en los postres ya estaba totalmente borracha. Su aliento apestaba y farfullaba.

Tuve que llevarla a la cama. Aquella noche no hicimos el amor, ni las siguientes noches que estuvimos en Nápoles hasta el día del entierro.

En toda la semana que estuvimos en Italia no vimos a su ex marido y en el entierro sólo estuvimos nosotros y un joven rubio, que a juzgar por lo que lloraba era algo más que amigo del difunto.

Cuando volvimos al hotel, Sofía sonrió y dijo que deseaba ir a Venecia, lo necesitaba. Mientras hablaba no paraba de beber. No le di importancia, pensé simplemente que estaba afectada por la muerte de su hermano, lo único que quería era verla feliz.

En unas horas estábamos en la ciudad de los canales. Mientras cenábamos en el Gran Canal apareció un hombre, de pelo cano, se dirigió a nuestra mesa.

- Sofía, cuanto tiempo sin verte. Pensé que no volvería a verte.

- Hola Marco.

Lo dijo con tono brusco y cortante.

- ¿Cuándo volverás a “tu trabajo”?

Las últimas palabras las pronunció con sorna.

- Nunca, Marco. Te presento a mi marido. Roger.

- Encantado.

Me levanté para saludarle. Sus manos sudaban.

- Lástima, eras una gran trabajadora. Arrivederchi.

Se alejó.

- ¿A qué trabajo se refería Sofía?

- … Costurera, hacía vestidos de novia. Por cierto, hablando de novios, perdona que le haya dicho que estábamos casados, era un hombre muy pesado y no quería darle explicaciones.

- No importa, Sofía, vete a saber a lo mejor un día nos casamos, ¿no?

- ¿Porqué no?

El camarero llegó con los capuccinos y Sofía me rozó la oreja con su lengua.

Llevábamos siete días sin hacer el amor. No llegamos al hotel, la poseí en un callejón. Venecia, por la noche, cuando se van los músicos y los turistas de La Piazza San Marco, queda desierta. Más de un gemido queda oculto en las calles.

Al volver al hotel sólo se oían sus tacones.

Encendí un cigarro y busqué mi mechero. Metí la mano en el bolsillo equivocado, lo tenía roto, miré en el izquierdo, lo encontré y mientras encendía un “ducados”, recordé una tarde al volver de la galería.

- Sofía, ¿podrías coserme el bolsillo? Sé cocinar pero no tengo ni idea de coser.

- Siento decirte que yo tampoco, ni un botón.

En vez de preguntarle porque me había mentido, en vez de preguntarle en que trabajaba volví a tener una erección. Tiré el cigarrillo y la empujé hacía la pared, la hice girar, puse su rostro en la

pared y la cogí del cuello, le levanté la falda y esta vez sí le hice daño, aunque no pareció que le importara, al contrario.

En aquel instante sospeché algo, pero quise seguir sin saber nada. No podía poner en mi lista sentimental otro fracaso. Aquello tenía que funcionar.

Cuando llegamos al hotel no sólo mi bolsillo estaba roto, su falda estaba rasgada.

En verdad la relación es la que empezaba a romperse, y ninguno de los dos sabía enhebrar la aguja.

CAPITULO OCTAVO

Después de la muerte de su hermano Sofía empezó a querer salir cada noche. Pensé que a su edad, ella tenía doce años menos que yo, lo necesitaba. Era como si la muerte de un ser querido le recordara que la vida sólo se vive una vez.

Estaba molido. Mi estado físico era bueno, toda mi vida había hecho deporte: submarinismo, pesas e incluso era cinturón negro. Todo ello me podía hacer aguantar más que otras personas aunque llegó un momento que estaba harto.

Me levantaba a las siete de la mañana para ir al trabajo y nos acostábamos a las cinco. No sólo era pesado físicamente sino mentalmente.

Nunca cenábamos en casa, entrábamos en las discotecas a las dos y no salíamos hasta que cerraban. Después Sofía podía buscar cualquier excusa, pasear por las ramblas, comer churros con chocolate, cualquier excusa era válida para irnos a dormir de madrugada.

Al día siguiente Sofía dormía hasta el mediodía, se despertaba para hacerme pasta y volvía a la cama. Adoraba la comida italiana pero llegó un momento que la odié.

Pensé que el dormir tanto era debido a las noches de marcha. Ni siquiera sospeché que vivía con una alcohólica.

Pasaron seis meses en ese plan y le planteé a Sofía que aquello no podía continuar así.

- Me gustaría que vinieras a trabajar a la galería. Creo que eso te distraerá. El no hacer nada te está matando.

- Es una buena idea Roger.

Aquella mujer siempre me acababa sorprendiendo.

Desde el primer día Maite y ella se cayeron mal. Sus miradas recíprocas se fulminaban cada minuto. Parecía incluso que tuvieran una batalla para ver quién atendía a más personas durante un día. La batalla siempre la ganaba Sofía, su belleza había impregnado tanto el local que el público masculino había aumentado.

Había momentos en que pensaba que había cometido u error pero se diría que ella percibía esos instantes y me llevaba a mi despacho. Allí mismo me bajaba la cremallera de los tejanos y me dominaba por completo.

Sofía era trabajadora aunque salía a menudo de la galería, tardaba unos minutos, decía que iba a tomar un cortado y volvía, siempre con olor a dentífrico.

Me pidió una tarde libre, le di la de los martes, nunca le pregunté que hacía esas tardes.

Un lunes por la tarde Sofía volvió tambaleándose y cayó de bruces en la entrada. La llevé de urgencias al Hospital Clínico.

Mientras esperaba, cigarro tras cigarro, llegó Luis.

- ¿Que ha ocurrido?

- Hola Luis, aún no sé nada.

- Esperemos que sea cualquier indisposición de esas histéricas, propias de mujeres.

- Y Cristina, ¿no ha venido?

- Nos hemos peleado, dice que no la entiendo, que soy demasiado egocéntrico y que necesita a alguien más sensible.

Las mujeres están locas, pensé, no conocía a nadie más sensible que Luis

- No sabes cuanto lo siento ¿y a dónde ha ido?

- Se ha ido unos días con su hermana a Lituania. Dice que ahí con el frío pensará que hace con nuestro matrimonio.

- Y tú…

- Yo nada, Roger las mujeres son quienes lo llevan todo. Bueno, todo no. Me he acostado con Adriana.

- ¿La modelo?

- Sí, la misma.

- ¿Y?

- Y practiqué el sexo oral, aparte de otras cosas. Cristina nunca ha

sido partidaria de succiones y otras experiencias.

Una señora mayor sentada a nuestro lado, nos miraba de soslayo, por lo que se ve muy interesada por la conversación.

- Y ¿cómo te sientes?

- Mal, muy mal. Quiero a Cristina, nos casamos a los veinte años, adoro sus defectos, su sonrisa, su cabello negro y ese aire de niña perdida.

- No te preocupes, todo se arreglará.

- Eso espero. Bueno, que sólo estamos hablando de mí. ¿Cómo te va con Sofía?, sólo la he visto una vez pero me pareció una preciosidad.

- No sé, es muy complicada. Puede que sea por el idioma, o por la diferencia de culturas.

- ¿Y en cuanto a sexo?

- En eso es perfecta.

- Pues entonces, ¿qué más quieres?, en la vida sólo hay una cosa importante: el sexo.

- ¿Por eso echas tanto de menos a tu mujer? No Luis, hay más cosas, comunicación, amistad, complicidad.

- Esa mujer no existe, Roger.

El sonido del megáfono nos interrumpió.

- Familiares de Sofía Techini, acudan al despacho numero dos, por favor.

- Te espero aquí Roger.

Entré en una habitación blanca, con cuadros blancos y alfombra blanca.

Allí estuve esperando doce minutos interminables hasta que un hombre, salido de acabar la carrera me extendió su mano al entrar.

- Soy el doctor Carrasco, neuropsiquiatra.

- Encantado.

- Tengo entendido por su ingreso que Sofía es italiana y que vive aquí en Barcelona desde hace unos meses.

Me miró fijamente y yo asentí con la cabeza.

- Bien, iré al grano. Sofía está totalmente deshidratada, debido al alcohol. Tendremos que tenerla todo el día en observación y con el suero, así que puede volver mañana y le daré más información.

El doctor se levantó, dando por terminada la entrevista.

- Doctor, ¿cree que puede haber algún problema de alcoholismo o ha sido algo puntual?

- Sinceramente mi intuición me dice que hay un problema serio, aunque es muy pronto para hacer conjeturas.

- Ya que está aquí podrían hacerle algunas pruebas…

- Como quiera, podemos hacerle una serie de test incluso, si ella colabora, pero correrá de su cuenta todos los gastos extras, esto no lo paga la Seguridad Social.

- No me importa. ¿Puedo verla?

- No, lo siento.

Cuando volví a la sala de espera Luis, seguía allí bebiendo un zumo de naranja.

- Que, ¿cómo ha ido?

- Aún no saben nada, ya sabes como son los médicos.

- Será la presión baja.

- Seguramente…

- Por cierto ¿Sabes algo de Mel?

- Mel… esas tres letras sonaban lejanas en mi cerebro, vacías… extrañas.

- No.

- Bueno, peor para ella, padres como tú, no se dan cada día.

- Quizás ella no opina lo mismo.

- Lo importante es que opinas tú.

- He hecho todo lo que he podido, y la he querido más que a mi vida.

- Pues ya está, Roger. Y cambiando de conversación. Ya que los dos estamos solteros por diversas circunstancias te invito esta noche a un japonés.

- De acuerdo, con una condición, nada de pescado crudo.

- Trato hecho.

Cuando salí del hospital una mujer cruzó en rojo. El coche paró en seco.

Vi los ojos de la mujer. Y recordé los ojos de Iris, la echaba tanto de menos…

Luis seguía hablando de las virtudes de la comida japonesa. Sonreí mientras cruzábamos la acera.

CAPITULO NOVENO

Llegué antes que Luis a “La Garza Blanca”. Aquel restaurante japonés había puesto su nombre recordando al castillo Himeji, uno de los más bonitos de Japón, por lo que dicen ya que por negocios relacionados con la galería había viajado a Asia frecuentemente pero los proyectos con Japón de una manera u otra se habían abortado siempre de manera que “El Monte Fuji” tendría que esperar.

La voz de Eiko me hizo salir de mi ensimismamiento.

- ¿Come estés Jan?

Eiko, la camarera de aquel local llevaba años en Barcelona pero le era bastante difícil nuestro idioma. De todos modos suplía perfectamente los problemas de idioma con un encanto sutil.

- Muy bien Eiko. Mi amigo Luis llegará enseguida.

- Mientras te traeré un poco de sake y sashimi.

- Lo de la bebida me parece estupendo pero pescado crudo no, por favor.

- No hay comida japonesa que se precie sin sashimi, Jan.

- Nada de pesc…

- De acuerdo, entondido. Mira, ahí está to amijo.

Eiko se alejó sonriendo.

- Hola Roger, perdona el retraso. Como mi hermana fue quien me avisó del ingreso de Sofía quise tomar algo con ella para devolverle el favor. La verdad es que desde que mi madre murió nos vemos muy poco. Además se pasa la vida en la recepción de ese hospital…

- Le gusta su trabajo.

Eiko volvió con la carta.

Luis sin abrirla dijo lo que queríamos.

- Hoy invito yo, voy a pedirte algo que, no está crudo y te encantará: Dos de filetes de tiburón en Jengibre.

Eiko se alejó un poco disgustada, es como si en Cataluña no pidieras pan con tomate.

- ¿Cómo está tu padre?

- Bien, dentro de lo que cabe, echa de menos a mi madre pero se está buscando sus hobbies. Sobre todo los videos porno. Los tiene clasificados, una estrella cuando salen pechos, dos cuando salen los genitales. Viene los domingos a casa. Le encanta la paella de Cristina…

- Sabes Luis, a veces te he envidiado.

- ¿Tú?, el hombre de éxito profesional, que encima liga con la jovencita que le apetezca…

- Pero mi vida sentimental es un desastre.

- Tu vida sentimental no es un desastre, escoges mal a las candidatas. Raquel era una bruja y Sofía, bueno no la conozco pero dudo que sea conveniente para ti.

- Conveniente no lo sé, pero en el ámbito sexual…

Eiko llegó con lo que debía ser el tiburón. Estaba hecho, de eso no había la menor duda.

Alrededor del pescado había espinacas espolvoreadas con semillas de amapola.

Mientras nos servía de la fuente Luis aprovechó para preguntarle:

- Eiko, ¿verdad que en una relación no todo es el sexo?

- Casi todi. Pero hay que ir poco a poco y sin asercarse a la cuerda.

- ¿Te refieres sin acercarse a los límites?

- Perfecto, eso quería deciros.

Eiko se alejó ruborizada. Luis la siguió con la mirada.

- Es bonita ¿verdad?

- Sí, mucho, y tiene razón, sino recuerda la película de Nagisa Oshima.

- El imperio de los sentidos, sí señor.

- De todos modos somos hijos de una represión, por Dios si en nuestra época nos decían que si nos masturbábamos nos quedábamos ciegos.

- O que se nos caería a trozos.

- Sí, supongo que por eso nos atrae tanto el sexo, lo tenemos sobrevalorado.

- No, lo que pasa es que hemos de recuperar el tiempo perdido.

Más tarde estuvimos hablando de los tiempos de colegio, de los profesores y de aquellas cosas que tienes idealizadas debido a la distancia en el tiempo.

De repente pensé que había bebido demasiado sake. Entró un grupo de gente, y allí entre ellos estaba esa mujer, aquella mujer, mujer al fin y al cabo. La manzana no era el veneno. Eva era el veneno para el pobre Adán.

Aunque intenté disimular ella ya se había apartado de su grupo y se dirigía a nosotros.

- ¡Hola querido!

- Me alegro de verla. Luis te presento a Minerva Theotopoulus, nos conocimos en Marruecos.

Luis hizo un ademán de saludo y la miró divertido.

- Ya le dije que nos encontraríamos. Además vengo a su país para bastante tiempo…

- Me alegro. Le dejaré mi dirección. Llámeme cualquier día. Le enseñaré lugares recónditos de mi ciudad. ¿Quiere sentarse Minerva?.

- No, no quiero molestar. Por cierto, ¿ya está con la segunda?

No pude más que soltar una carcajada. Haberlas Haylas.

- Pues sí, pero intentaré que sea también la tercera, la cuarta y la quinta.

- No podrá. Lo intentará pero ella le hará algo imperdonable.

- Que le vamos a hacer…

Mi tono, como siempre que hablaba con aquella mujer era de ironía.

- No se preocupe, la tercera le hará muy feliz.

- Podría darme el nombre, ya puestos…

- El nombre no lo sé, pero tiene dos aes… Me disculparán pero he de volver con mis amigos. Adiós querido, hasta la vista. Encantada de haberle conocido Luis.

- Lo mismo digo.

- Ah, y tranquilo, su mujer volverá.

Mientras Minerva se alejaba, todo el mantel quedó impregnado de sake. A Luis se le derramó al temblarle las manos.

Eiko se dispuso a cambiarlo.

- ¿Tu le habías dicho algo?

- Como quieres que le haya dicho algo sino la había visto desde mi viaje.

- Tiene que haber una explicación.

- Sí, que sea detective y nos espíe.

- O que sea de la CIA.

- Sí, hombre, y por qué no de la TIA.

- A ver, centrémonos. Ni somos importantes para que nos espíen, ni somos Mortadelo y Filemón.

- No hay que desechar que sea Samantha, la brujita disfrazada de griega.

- Sí, claro esa es la mejor explicación.

Eiko nos trajo el café y nos sumimos en una animada conversación sobre el sintoísmo, no sé si por la influencia del lugar o por olvidar aquella conversación tan extraña.

Cuando salimos del restaurante llovía copiosamente. Mientras esperábamos un taxi vi mi imagen en un charco. De repente recordé el final de la película japonesa. Sentí un escalofrío y algo, un momento de inspiración me hizo pensar que lo de Sofía era un error.

Al subir al taxi me olvidé de esa idea. Con los años he recordado esa noche como si fuera ayer.

CAPÍTULO DÉCIMO

Cuando Sofía volvió del hospital decidí tomarme unos días tranquilos. Llamé a Maite y le expliqué la situación. Resolvió el problema en un santiamén. Su novio, que estaba preparando unas oposiciones estaría con ella.

En verdad no le conté a Maite la verdad, ni a Maite ni a nadie, ni tan siquiera a mi madre que no paraba de preguntar.

Cuando el doctor pronunció la palabra alcoholismo, mi primera idea fue que se equivocaba, nunca había visto borracha a Sofía.

- Vera, el alcohólico es un adicto de esa sustancia, si puede tomar la dosis que necesita, generalmente a escondidas, no hay problema. Pueden estar años disimulando su situación.

- ¿Y al cabo de los años?

- Surge la enfermedad. La persona sólo vive pensando en la botella. Sufren pérdidas de memoria, y si dejan de beber pueden manifestar “delirium tremens”, por no hablar de enfermedades como la de Korsakov.

- ¿Cree que Sofía puede estar próxima a todo esto?

- No lo sé, por las pruebas que se le han realizado y por su hígado yo diría que lleva más de quince años bebiendo. ¿Conoce a algún pariente cercano? .

- No, su familia por lo que yo sé ha fallecido.

- Lástima, hay muchas probabilidades de herencia en el problema del alcohol, tendríamos más datos.

- ¿Qué me aconseja?

- Primero que se cerciore, que haya pruebas físicas para demostrarle a ella que tiene un problema de alcohol. Si la persona reconoce que tiene un problema puede curarse.

- ¿Y segundo?

- Hospitalización en primer lugar. El tratamiento se inicia por la supresión brusca del alcohol. Se le administraría Clormetiazol para

prevenir la aparición de trastornos abstinenciales. Una vez se ha superado todo esto…

El doctor Carrasco dudo antes de continuar y bajó la voz.

- Una vez superado esto viene la parte más difícil, la dependencia psíquica, y para ello, sinceramente, y en contra de mí mismo los resultados más satisfactorios son con una terapia de grupo: Alcohólicos anónimos.

Salí de allí recordando “Días de vino y rosas”.

Pero las películas siempre edulcoran la realidad, por muy dura que sea.

Encontré botellas escondidas por los armarios. Al principio no dije nada pero controlaba cuanto bebía. Quería confirmar las hipótesis del médico, cuando habíamos salido por ahí no bebía ni la mitad que yo.

De lo que me di cuenta es de que antes de salir bebía muchísimo. Calculé durante toda la tarde de un martes, fatídico martes, dos botellas de ginebra. Y lo más curioso es que no se le notaba.

Pero aquel martes algo cambió. Sofía se dejó ir y empezó a beber copa tras copa. A la una de la madrugada estaba totalmente borracha, se caía por la pista y farfullaba continuamente.

Entonces pensé que nada podría incrementar esa sensación de ridículo espantoso y asco, pero me equivoqué.

Sofía se acercó a mí sigilosamente y se sentó en mis rodillas. Su cabello estaba grasiento, y su aliento apestaba a ginebra.

- ¿Por qué estas efada… do?

- No estoy enfadado, simplemente creo que es hora de irnos.

De repente sus labios se aproximaron a los míos y la rechacé. Se puso a reír histéricamente. Antes de que pudiera reaccionar noté un líquido caliente por mis tejanos.

Sofía se había meado encima mio, y no sólo físicamente.

La llevé a casa a rastras, entré y abrí los armarios. Vacié las botellas que estaban medio llenas y tiré las vacías.

Sofía me insultó, me escupió a la cara e intentó pegarme. Al defenderme le pegué yo. Nunca había pegado a una mujer y la

sensación no fue agradable.

Empezó a llorar y aún me sentí peor.

Algo que no he contado y es imprescindible para entender esta historia es que mi sentido de la responsabilidad “va más allá del deber”. Siempre ha sido así, y en ese mismo instante pensé en “salvar” a Sofía. Lo que no sabía es que luego nadie me salvaría a mí y que ella no quería ser salvada.

Le suministré un Rohipnol para que se durmiera, pero no le hizo demasiado efecto, temblaba y sudaba.

Aprovechó un momento en que me quedé dormido para ir al armario y beberse la colonia. Supongo que el shock fue tan fuerte que se desmayó.

A las seis de la mañana me desperté y la encontré en el baño, tendida de espaldas. A su lado una botella de colonia medio vacía.

La llevé a la cama en brazos, y con un paño frío le quité el sudor. Despertó y abrió la boca, su olor era como el de un cadáver.

- Sofía, cariño, hemos de ir a un hospital.

- No quiero ir a un hospital.

Al terminar de decir esa frase se puso a chillar, y su cuerpo empezó a manifestar fuertes espasmos.

Empezó a vomitar. Toda la habitación emanaba un hedor terrible.

- Dame una copa por favor, sólo una.

Aquella frase se repitió durante dos días.

Insultos, bofetadas, vómitos, Sofía arrastrándose como un reptil…

Hablan de la droga, el cannabis, la marihuana, el LSD en nuestros tiempos, la heroína… pero ¿y el alcohol? ¿Hay demasiado dinero invertido en nuestro país para hacer propaganda negativa?

Mientras Sofía rebuscaba por todos los cajones algún resto de sus amantes, sus botellas, me planteé cuantas mujeres debían estar en esa situación, tras sus sofás, sus edredones y sus armarios inmaculados…

Decidí ir a ver a un amigo mio, pintor pero que había estudiado

medicina. Antes le llamé y le expliqué la situación. Como fondo de mis palabras se oían los gritos en italiano de Sofía.

Posteriormente llamé a mi hermana, alguien tenía que cuidarla mientras estaba fuera.

El aire de la tarde me sorbió el alma, tenía ganas de gritar, de llorar, estaba harto. En mi bolsillo llevaba una caja de “Distraneurine”, Victor me las había dado sin pedirme explicaciones.

No tenía ganas de llegar, y di una vuelta por La Rambla. Me fijé más que nunca en los borrachos que andaban por doquier.

- ¿Tiene una moneda por favor?

Miré a la mujer, no podía tener más de treinta años, su tez estaba pálida, sus manos estaban temblando.

Le di unas monedas y me miró con gratitud. Sus ojos olían a ginebra y sus labios lloraban silenciosamente.

CAPÍTULO DECIMOPRIMERO

Pasaron cinco meses tranquilamente. Era como si todo volviera a la calma después de una tormenta.

Mi madre estaba perdiendo la memoria por momentos pero al principio ni me planteé que pudiera ser Alzheimer. Posteriormente llamadas a medianoche preguntando quien era yo, y su confusión en determinados momentos de su propia entidad. Todo me fue llevando hasta lo inexorable, no quería aceptarlo hasta que una vecina la encontró pululando sin rumbo fijo, en medio de la noche, con camisón.

Al principio la tuve en casa, había una enfermera unas horas mientras yo estaba en la galería pero no me la podía costear las veinticuatro horas.

Un día llegué a casa y el gas se había quedado abierto, otro se había quemado parte de la cocina. Al cabo de un tiempo, a pesar de mi disgusto la llevé a una residencia de Cambrils, cerca de Vilassar de Mar. Conocía a la dueña y sabía que allí estaría bien cuidada. Además sólo tenía media hora en coche y podía visitarla con frecuencia.

El mismo día del ingreso Luis me llamó para decirme que Cristina había vuelto. Minerva no se equivocó aunque podía haber dado fechas. Quizás si le hubiera dicho seis meses las cosas habrían cambiado. De todos modos había algo que había cambiado, Cristina había tenido lo que llamaba una “historia”, sin nada físico, todo platónico pero al fin y al cabo había ocurrido. De todos modos ellos habían llegado a la conclusión de que tenían que empezar desde cero y enmendar los errores.

Y yo, la verdad no era quien para juzgar a nadie y menos para dar mi opinión. Mi relación con Sofía iba de mal en peor. Sabía que seguía bebiendo pero no podía hacer nada para impedirlo. Había hecho de todo. Terapia de alcohólicos anónimos, incluso terapia con familiares de alcohólicos. Conversaciones hasta la madrugada, todo era inútil. Sabía que aquella relación no funcionaba pero me mentía a mí mismo. Si fracasa en una relación es culpa del otro, si fracasas en dos la culpa es tuya. Cuan equivocado estaba.

Aquel día parecía el día mundial de los desaparecidos.

Llegué a casa temprano, sobre las ocho. Sofía estaba unos días fuera, en Italia, según ella para arreglar unos papeles. No me lo creí demasiado pero en aquellos momentos ya no me importaba.

Me senté en el sofá y me dispuse a releer “El viejo y el mar”. Sin poder evitarlo en mi imaginación al pasar las páginas veía a Spencer Tracy. De repente, levanté mis ojos del libro y pensé en todas las personas que, como Hemingway, habían sido seducidas por el alcohol, Ava Gardner, Elizabeth Taylor, Errol Flynn…

Me quedé adormilado, sumido en mis pensamientos. El timbre me sobresaltó.

Fui a abrir y allí estaba ella, mi hija. Podían pasar muchas cosas pero esa niña seguiría siendo sangre de mi sangre, al igual que el niño que llevaba en sus brazos.

Eso es lo que pensé aquella tarde. El tiempo me hizo recapacitar y darme cuenta que la sangre no es tan importante.

¿Puedo pasar?

Le hice un ademán asintiendo.

- ¿Cuánto tiempo tiene?

- Un año y tres meses.

Sus ojos azules, eran igual que los de mi madre, igual que los míos, igual que los de Mel.

La hice sentar mientras le daba unos juguetes al niño para que se entretuviera.

- ¿Cómo se llama?

- Isaac.

- Bonito nombre.

- ¿Cómo estás papá?

- ¿Por qué? ¿Te ha importado mucho durante este tiempo?

Mel bajó los ojos sintiéndose avergonzada, o fingiendo que se sentía avergonzada.

- ¿Quieres que me vaya?

- No, ya que estás aquí. Al contrario, sólo te pedí una carta y has venido personalmente.

- Eres detestable papa, ¿no te alegras de ver a tu nieto? Ni siquiera te has dignado a mirarle.

- Te equivocas Mel, sé que sus ojos son azules y que sus labios son como los de Clio. Pero ponte en mi lugar. ¿Qué quieres que haga? ¿Que corra y te abrace como en las películas? ¿Que juegue con mi nieto para que luego te lo lleves y no sepa nada de él, ni tan siquiera donde vivís?

- En Alemania, en Nuremberg.

- Muy amable por la información.

Me levanté para ir a buscar una copa. No le serví nada a Mel, a los catorce años sólo puede tomarse refrescos pero intuí que ella pediría otra cosa y que no podría ofrecérselo, así que preferí obviarlo.

- Aunque no me lo preguntes te lo contaré.

- ¿El que? ¿Cómo te ha ido? Adelante, soy todo oídos.

Mel no hizo caso de mi tono sarcástico y prosiguió.

- Nos fuimos a vivir con Jack a Alemania. La asociación de la cual te hablé le eligió presidente en Nuremberg…

- Sí, la asociación de las hermanitas de la caridad…

- …de las Almas del Padre. Mamá y Tim vinieron a vivir con nosotros. Cuando nació Isaac pedí permiso para escribirte pero no me dejaron, ya te conté como eran las leyes en esta sociedad…

- En esta secta dirás…

- Sociedad. Verás, ya te conté que Jack tenía campos petrolíferos pero le han acusado de una gran estafa. Tuvo que estar un año de prisión junto con Tim. Ahora, estamos arruinados. No es que vayamos mal, es que estamos pasando carencias reales.

Su aspecto, su ropa y su peinado no daban demasiada credibilidad a esa historia aunque Raquel, como Scarlatta O´Hara con las cortinas era capaz de cualquier cosa, incluso de vender su alma.

- ¿Cuánto necesitas?

- Un millón.

- ¿Un millón de qué? ¿De pesetas? ¿De Marcos?

- Un millón de pesetas.

- No dispongo de ese dinero en casa, tendré que hacer una llamada.

Mientras llamaba a mi abogado, gestor y amigo vi como Isaac jugaba con un camión, por un momento sus ojos cruzaron su mirada con los míos, por un momento tuve ganas de llorar pero no lo hice y me di cuenta de que ni siquiera lloré con la muerte de Clío.

- Todo esta arreglado, dirígete a esta dirección, lo tendrán todo dispuesto.

- Gracias papá.

Se acercó a mí dándome un beso que se quedó sin respuesta.

Mel cogió el niño en brazos. Isaac se puso a llorar desconsoladamente, mirando el camión como si su vida dependiera de ello.

Me arrodillé y cogí el juguete. Se lo di a Isaac. La sonrisa de mi nieto valió el dinero.

Abrí la puerta. Mel dejó tras de sí un olor a colonia cara y a vacuidad.

Volví a la sala de estar, me puse un disco de Pachelbel, y me dispuse a volver a leer "El viejo y el mar", la abrí por la página 142… Releí las últimas palabras en donde me había quedado: "…piensa en algo alegre…"

CAPÍTULO DECIMOSEGUNDO

Una semana más tarde Sofía seguía sin volver, Luis me invitó a cenar y saliendo de la galería fui directamente. No tenía nada que hacer y además me apetecía mucho ver a Cristina.

Llegué a la calle Dante con un poco de retraso. Al llegar me recibió Cristina dándome un gran abrazo, la respondí subiéndola en volandas. Cristina era menuda y delgada, con mi metro ochenta y dos aún la veía más frágil. Luis nos miraba sonriendo. De fondo sonaba “Funny Valentine”.

Me obligaron a sentarme en una mesa repleta de manjares con una pinta estupenda. Cristina era una cocinera excepcional, sobre todo de tortillas, eran las mejores que había probado.

Mientras empezábamos a hincarle el diente a todo aquello surgió la pregunta obligada.

- ¿No ha venido Sofía?

- No, esta en Italia, ha ido a arreglar unos asuntos.

La ventaja de la amistad, si es duradera y fuerte consiste en que telepáticamente las personas se entienden, y saben cuando una conversación te molesta así que con esas palabras el tema quedo zanjado.

- Esto está buenísimo, Cristina. Te equivocaste de profesión, lo tuyo no era la pedagogía sino la cocina… ¿Qué cómo está tu hermana?

- Muy bien, la verdad, tenía muchas ganas de verla.

- ¿Dónde vive? De Rusia, la verdad sólo conozco Moscú.

- En Vilna, es la capital, aunque no es muy grande, tendrá unos tres millones de habitantes… Por cierto te he traído un suvenir, para que luego te quejes.

- No me lo digas, caviar o vodka…

- Frío, te he traído un mineral, una joya, como quieras llamarle, es típico de Lituania.

Además esta trabajada por un mago, te dará suerte en el amor.

Sonreí recordando que Cristina creía en todas esas cosas relacionadas con la parapsicología y las mancias. Por un momento pensé que haría buenas migas con Minerva.

- ¿Te dijo algo más ese mago?

Intenté que mi tono manifestara interés.

- Pues sí, me dijo que en mi anterior rencarnación fui una foca…

El vino de rioja se me atragantó, manché la mantelería pero no podía evitarlo, no podía parar de reír.

- Anda, pensé que te lo tomabas en serio. Bueno, me da igual que te rías. No es una foca normal, es una foca única, la foca del Baikal.

- Cuéntame esto empieza a ser interesante.

Luis nos miraba sin mediar palabra sonriendo, se le notaba la felicidad en su rostro, su mujer había vuelto y con ella el sentido de su existencia. Ni Ariadnas, ni Martas, ni ningún nombre podía sustituir a Cristina.

Josephine Hart lo cuenta muy bien en su novela “Herida”. En el fondo, para cada uno hay una sola persona. Para mí sería Anna, pero de esto aún faltaban tres años.

Volví a prestar atención a la explicación de la foca siberiana.

- Verás, la foca del Baikal es la única que vive en agua dulce. Está emparentada con las focas anilladas del Océano Glacial Ártico, que hace millones de años llegaron al Lago Baikal, el más profundo y antiguo de la tierra. Actualmente ya no puede escaparse, aunque quiera del Lago.

- Pues, pobrecita. ¿Y eso fuiste tú?

- Sí, en otra rencarnación. Además pregunté qué habías sido tú y Luis.

- Anda, pues soy todo oídos, ¿también fuimos focas?

Reía tanto que a punto estuvo de atragantárseme la tortilla.

- Pues aunque te rías Luis fue un oso panda.

- Eso está muy bien Luis, recuérdame que la próxima vez que nos veamos te traiga un poco de bambú.

- Tú no te rías, que aún no te ha dicho lo que fuiste: un leopardo marino.

- Y eso, perdonar mi incultura ¿qué es?

- Una especie de foca grande, muy veloz, vive en Nueva Zelanda. Suele comer focas más pequeñas y pingüinos.

- A ti nunca te comería Cristina.

La velada transcurrió tranquila. Ellos parecían volver a estar como en los viejos tiempos y a mí esa noche me sirvió para pensar en la frase de “Herida”, tenía que encontrar a la persona que se refería la autora del libro. Ellos, aunque con problemas parecían haberla encontrado. Pero los acontecimientos de los posteriores días me hicieron olvidar aquellos propósitos.

Cuando llegué a casa vi las luces encendidas, Sofía había vuelto. Dejé el ámbar en el recibidor y me dispuse a ir al dormitorio, no sin antes darme cuenta que no había abierto el correo aquella mañana. Lo dejaría para el día siguiente.

La voz de Sofía me arrastró, y sus abrazos, sus besos. Sin darme cuenta la tuve dentro de mí y sus pezones tiesos me hicieron olvidar su ausencia.

Me desperté de madrugada, tenía una pesadilla, yo era una foca y una ballena azul quería aplastarme… Me levanté sudando y me dirigí a la nevera en busca de una horchata.

Sofía seguía durmiendo así que me dispuse a abrir el correo.

Hubo una que me llamó la atención, era de Turín, y estaba en italiano. Fui traduciendo simultáneamente, mi italiano era casi tan bueno como mi francés

> “Apreciado Sr. Sabanés”.
>
> “Me dirijo a usted con la intención de darle una información que le será de mucha utilidad. Sofía la mujer con quien vive es una de las prostitutas más conocidas de Italia. Empezó a prostituirse a los quince años”.

“¿Qué como lo sé?, yo fui quien la introdujo en este mundo. Hace unos días vino a verme para decirme que dejaba el negocio, que había conocido a un catalán y que se iba a vivir a Barcelona”.

“No crea que le guardo rencor, ni a ella ni a usted. Sólo creo que he de hacer lo justo. Informarle de quién es. Si no le importa su pasado se la regalo. Si le importa llámeme a este número”.

“Atentamente Roberto Scalfiore”.

Rompí la carta, y con ello el pasado de Sofía. Ese hombre no sabía como era yo, no me importaba el pasado de la gente, ni el futuro, sólo el presente. Lo que hubiera hecho Sofía antes era asunto suyo.

Iba a volver a la cama cuando vi la luz del contestador encendida. Rebobiné y escuché la voz de Cristina.

“Se me olvidó decirte que animal fue Sofía, también se lo pregunté al adivinador. Una ballena azul”.

“Buenas noches y felices sueños Roger”.

CAPÍTULO DECIMOTERCERO

Ahora que lo veo desde una perspectiva lejana creo que nunca estuve realmente enamorado de Sofía, ni siquiera creo que la quisiera realmente.

En el momento de recibir la carta de aquel italiano en el fondo ya me di cuenta de todo eso pero lo eludí, había perdido a mi hija, a mi mujer e incluso a Iris. Me sentía sólo y lo peor de todo, sin ganas de empezar de nuevo.

Desde que Sofía había vuelto estaba más tranquila, no bebía tanto e incluso había dejado de fumar.

Un día, al volver del teatro me dijo lo que me temía:

- Estoy embarazada Roger.

Me sentó como una patada en el estómago, ni me lo esperaba ni lo deseaba. Incluso en su ausencia había pensado cortar la relación. Pero aquello lo cambiaba todo. Un hijo. Quizás las cosas cambiarían, quizás recuperaría la pérdida de Clío. Siempre pensé que Dios se había equivocado de gemela.

- Estupendo.

Aquella noche hice, quizás por primera vez, el amor con ella. Por primera vez y última. Después seguí follando, durante años.

A veces hay detalles que te hacen volver a la cruda realidad. El detalle ocurrió en el desayuno de la mañana siguiente.

- ¿Qué tal va la galería?

- Muy bien, esta semana vamos a hacer una exposición de Alberto Durango.

- ¿Cuántos días estará?

- Hasta el día 29.

Entonces me di cuenta, mientras hacia las tostadas de que las fechas eran muy justas para que aquel hijo fuera mío.

- Roger, ¡Que se te queman las tostadas!

Siete meses de dudas, de confusión. Ese hijo tanto podía ser mio como no.

No sé si debido al alcohol, o a otras circunstancias el niño nació prematuro.

Tenía pocas probabilidades de sobrevivir y no lo hizo. Nunca supe si era sangre de mi sangre y tampoco importaba, aquella preciosidad de la incubadora murió y allí, mientras suplicaba y rezaba, le vi desaparecer y con ello la poca fe que me quedaba en Dios.

Sofía estaba destrozada, cogió una depresión y tuvo que acudir a un psicólogo. El médico le había dicho que no podría volver a tener hijos.

Después de unos meses de tratamiento estaba peor. Incluso tuvo dos intentos de suicidio con pastillas y alcohol.

Después de un tiempo se me ocurrió la solución, aún no sé en que debería estar pensando. Adoptar un niño.

Los años me han demostrado que fue de las mejores decisiones de mi vida.

Tardamos mucho en lograr la adopción pero con dinero todo se puede comprar y un día hablando con Cristina se me ocurrió la idea.

Cristina aquella tarde me había invitado a tomar un café en su casa. El motivo era el hijo de una amiga suya, pintor que necesitaba una oportunidad.

- Verás Roger, su arte es… para que me entiendas fauvista, o lo más parecido, ya sabes, caballos amarillos y bosques rojos…

- Sí, ya sé, es un arte difícil de vender pero no te preocupes, si necesita promoción se la haremos.

- …Gracias… ¿Qué té pasa Roger?, ¿algún problema?, te veo triste y eso es muy raro en ti.

- Nada, Cristina. La verdad es que creo que nos engañan cuando nos traen a la vida. Nos cuentan que la vida es justa y bella. No te hablan de desgracias ni de soledades.

- ¿Tiene que ver con Sofía?, me ha contado Luis que no podéis tener hijos.

- Así es, y lo más grave no es eso, las cosas no van bien entre

nosotros.

- Mira Roger, no sé que os pasa pero piensa que ninguna pareja es perfecta.

Como le contaba a Cristina lo de la prostitución, lo del alcoholismo. Era abierta pero en el fondo le marcaba su nacimiento en Salamanca. Seguro que si se hubiera enterado de lo de Ariadna le hubiera dejado.

- Ya lo sé, pero ha llegado un momento en que ni siquiera sé si la quiero.

- Claro que la quieres, lo que os falta es un hijo.

Un hijo, la solución, el engaño. Los humanos somos los animales más tontos ¿o ingenuos?

- Verás Roger aquí en España es muy difícil, casi imposible, o tardan tantos años… en cambio, en según que países es más fácil si se tiene la cantidad necesaria.

- ¿De qué cantidad estamos hablando?

- Yo te puedo decir referente al país que sé, Lituania…

Parecía que temiera decirme la cifra.

- Tres millones.

- ¿Al contado?

- Al contado.

Terminé lo que estaba tomando y me dirigí a la primera floristería.

Compré un ramo de rosas rojas, entre en casa y subí todas las persianas.

- Sofía, ya estoy aquí, levántate de la cama, ven a ver la luz, la vida.

Desde la habitación Sofía se quejaba.

- Déjame dormir, o morir. Que más da.

Me acerqué y la besé.

- Sofía, no quieres morir, lo que necesitas es un sentido a tu vida y te lo voy a dar, como si fuera Papa Noel.

Sonrió. Y la luz, ahora sí entró en la habitación.

- Estás muy delgado para ser Santa Claus. Y el regalo ¿cual es?, ¿las rosas?

Le expliqué la tarde con Cristina, el tema de las adopciones…

Se levantó, se vistió y olió las rosas.

- ¿Cuándo vamos a Lituania?

- Hey, calma, he de arreglar el viaje, los papeles…

- Bueno, eso lo arreglaremos enseguida.

Seguidamente se desvistió. Lo hicimos hasta el alba. Lo hicimos con deseo, con rabia, como dándonos cuenta que era nuestra última oportunidad para que aquello funcionara. Ella, en el fondo no era mala persona, yo tampoco. Simplemente no éramos el uno para el otro y lo pagamos caro.

Pero aquella noche no pensaba en nada de todo eso sino en que quería un niño, y que lo llamaríamos Christian.

Después de horas de sudor, lágrimas y promesas Sofía dijo, como quien comenta el menú de un restaurante:

- ¿Nos casaremos?

Y yo, no sé porque, aún hoy en día no lo sé le contesté.

- Claro que sí. Y tendremos una luna de miel.

Luna de hiel. Noté el ambiente frío y me tapé con la sábana.

CAPÍTULO DECIMOCUARTO

Antes de marcharme a Lituania fui a ver a mi madre. Le conté lo que habíamos decidido. Pensé que no lo aceptaría bien pero las personas son como cajas de sorpresas y la más grande estaba dentro de todo.

Al principio me asusté con la enfermedad pero después no evolucionó. Había cosas que no recordaba, sobre todo del pasado inmediato pero sinceramente tampoco era algo muy preocupante. ¿Qué importaba sino recordaba que había desayunado?

No soy un experto en estos temas pero a veces pienso que la enfermedad la producimos conscientemente. Queremos olvidar y enviamos señales de SOS al cerebro.

Estábamos paseando por el jardín en un día extraño, parecía que fuera a llover. Las hojas de los árboles no se movían, y los pájaros huían como si percibieran que habría una gran tormenta.

Mi madre hizo señales de cansancio y nos sentamos en un banco azul. Todos los bancos de la residencia tenían un color distinto, al igual que las distintas zonas de la casa. El comedor era rosa, las habitaciones azules y las salas de estar verdes.

Una vez me dijo que si nos sentábamos a descansar en un banco de color azul sería para hablar de algo serio.

Me miró con dulzura, con sus pequeños ojos azules. Su cara no reflejaba las penas que había pasado, tenía muy pocas arrugas. Quizás todos los disgustos habían acariciado su cabello, totalmente blanco.

- Me parece muy bien lo que habéis pensado. Hay muchos niños que necesitan una vida digna. Es injusto que en nuestro país haya tantos obstáculos.

A mi madre le encantaban los niños. En su juventud había sido profesora de francés, en una época en que era muy difícil acceder a la universidad, fue de las pocas mujeres que lo logró.

- ¿No te importa pensar que tu nieto no tendrá tu sangre?

- ¿A ti te importa?

Pensé en Mel y en que ni siquiera le había comentado que su nieta había tenido un hijo. Le dije que por estudios se había marchado a Estados Unidos. Sé que en el fondo no se lo creyó pero es lo suficientemente inteligente para obviar el tema.

- No, no me importa mamá.

- Pues en ese caso no me iré con rodeos hijo, soy muy mayor y no sé cuanto me queda. Además, tu padre en el lecho de muerte me hizo prometerle que te lo diría.

- ¿Decirme el que?

Pensé que el Alzheimer había hecho mella pero días más tarde, antes de marcharme, verifiqué que aquel relato en el banco de color azul era cierto.

- Que no eres hijo nuestro.

- Ah, no ¿de quién soy?, ¿de Greta Garbo?

A mi madre le encantaba esa actriz, y yo en aquellos momentos pensé que en su imaginación Greta sería mi madre y Rodolfo Valentino mi padre.

- No, de Marta Blasco y Manuel Ferrer.

- ¿Y esos quienes son?

Lo dije entre divertido y sarcástico.

- Tus padres. Verás si dejas de reírte de mí te lo contaré.

- Soy todo oídos mamá. Lastima de las palomitas, será como ver una peli narrada.

- Ah, eres igual que tu padre.

- ¿Qué padre?

Solté una carcajada.

Mi madre hizo ademán de levantarse y yo teatralmente me puse de rodillas y le imploré que siguiera. Algo me estaba haciendo sospechar que aquello tendría algo de verdad, lo que no sabía mientras me arrodillaba es que todo era verdad.

- Verás tu madre era una gran mujer, era pianista y si no fuera por

las circunstancias hubiera llegado lejos. Estoy segura.

Tu padre era policía, y un buen hombre.

Hacía poco que se habían casado y en cuanto ella quedó embarazada se trasladaron a vivir encima de nuestro piso.

Tu hermana ya era toda una mujercita, con diez años, era tan rebelde que ya parecía que no me necesitara. Tu padre y yo deseábamos tener otro hijo pero los médicos nos dijeron que era imposible. Nunca te lo he dicho pero tuve un tumor canceroso y me tuvieron que extirpar la matriz.

- Por lo que veo hay muchas cosas que no me has contado.

- No estas enfadado ¿verdad cariño?

- No digas tonterías. Para mí tú eres mi madre y te adoro.

- Por cierto tu hermana tampoco lo sabe. Preferimos no contárselo.

- ¿Quieres que se lo diga?

- Es tu decisión, lo que veas más conveniente.

Nunca se lo conté.

En mi testamento sólo estaban tres personas, Gloria, Christian y Anna. Ninguna llevaba mi sangre.

- Marta y yo nos hicimos muy amigas, me encantaba como tocaba el piano y sus cuadros.

- ¿Pintaba?

- Sí de aquí sacaste tú el amor al arte.

- ¿Tienes algún cuadro de ella?

- Tres, los guardé para ti. Los tiene tu hermana. Los guardó en el desván, le conté una mentira, y que cuando se los pidieras te los diera.

Esos cuadros eran hermosos. El primero era hierba, en diversos tonos. El segundo una puesta de sol y, el más bonito una luna roja como la sangre, quizás percibía su futuro.

- Cuando naciste fuiste la alegría más inmensa de aquellos años. Eras un niño muy gordito, cinco kilos. Yo ayudé a parir a tu madre y

aunque dicen que los niños al nacer son feos tú eras precioso.

Marta y Manuel se amaban muchísimo. Nunca les habíamos oído discutir ni levantar el tono de voz.

Todo iba muy bien hasta que tu padre mató a un hombre. Fue un accidente.

A altas horas de la noche acudió a una urgencia. Se estaba robando en un banco del centro. Tenían varios rehenes, entre ellos una niña de cinco años.

Estuvieron a punto de matarla, tu padre le impidió a aquel hombre semejante asesinato pero se equivocó en el tiro, y fue mortal.

Se supone que fueron los nervios pero él no se lo perdonó nunca.

El hermano de aquel hombre Carlos Gómez, nunca me olvidaré de aquel hombre, le mató.

- ¿Y Marta?

- También, los cosieron a tiros. Tus padres habían ido al Liceo. A la salida los mataron.

- Y yo ¿dónde estaba?

- Con nosotros. Te cuidábamos cuando ellos salían. Al ocurrir aquella tragedia te adoptamos. En aquellos tiempos no tuvimos problemas, había demasiada pobreza para que se fijaran en esas menudencias.

- Pero ¿y el Liceo?, ¿qué hacían allí si eran pobres como vosotros?

- Tenían un cuñado, viudo muy influyente en el gobierno. Les daba invitaciones y les ayudaba. Al ocurrir todo aquello también nos ayudó a nosotros. Incluso ayudó a tu padre a salir de los campos de concentración.

El aviso de una enfermera señalándonos la hora de la comida nos hizo volver a la realidad.

- Bueno, hijo, me voy a comer aunque no sé para que, si luego no recordaré si he comido calamares o canelones.

- No importa, mamá, todo está bueno.

La besé y la vi alejarse.

Nunca más tocamos ese tema. Nunca más nos sentamos en un banco azul.

CAPÍTULO DECIMOQUINTO

El recuerdo de aquel orfanato permanecerá en mi recuerdo mientras viva. Lloros, gritos, niños encadenados a las camas de hierro. El olor a orina era insufrible. En un edificio de sesenta metros cuadrados multitud de niños descuidados, maltratados, abandonados a su suerte.

Para Christian, el que sería mi hijo adoptivo, aquel día Dios no descansó para desayunar y se acordó de aquel bebé, triste, asustado. Verle helaba la sangre. Estaba lleno de magulladuras y sangre seca.

Miré a Sofía. También le estaba observando.

Dirigí mi mirada y le pregunté a Navratilova “la guía de aquel infierno”, que hacía un bebé en un sitio así.

- Su madre le abandonó. Tiene un mes de edad y no tiene nombre aún.

- Habla usted muy bien el español.

- Mi abuela era de Santander, se enamoró de mi abuelo, y fueron a vivir a Moscú. Esa es mi historia. ¿Satisfecha su curiosidad?

- ¿Le gusta vivir aquí?

- ¿Usted que cree?..

Tras su pregunta aquella mujer oronda, de grandes brazos me miró despectivamente. Desdeñando mi presencia se dirigió a Sofía.

- ¿Qué?, ¿le gusta alguno?

Parecía que hablara de vestidos, tomates o hamburguesas.

Sofía me miró con ternura, sabía lo que estaba pensando. Se había enamorado, a simple vista de aquel bebé.

Asentí con la mirada. Hubo momentos en aquella relación en que nos entendíamos perfectamente. Pero fueron tan pocos…

Arreglamos los papeles y nos vinimos a España. Nunca más volvimos a Rusia.

Al principio el niño estaba muy asustado. Lloraba por cualquier cosa. Sofía, en contra de lo que yo había creído no se ocupaba del niño. Las primeras semanas sí, pero luego, como después de todas las novedades, se cansó.

Contraté una canguro, y por la noche me ocupaba yo. Mientras Sofía había vuelto a beber de forma desmesurada y tampoco se molestaba en encubrirlo.

Semanas antes yo había hecho el segundo gran error de mi vida. Casarme con ella. Aquello lo complicaba todo mucho, el abogado me había dicho que si trataba de separarme Sofía se quedaría con la custodia. Le dije que bebía y que incluso tenía pruebas de que había ejercido la prostitución.

- Eso no importa Roger. No tienes pruebas de que actualmente sea una alcohólica y, en cuanto a su profesión no ejerce.

- Por eso mismo, ni siquiera trabaja…

- Eso aún incrementa más nuestros problemas ya que tendrías que pasarle una pensión a ella, al niño, y…

- y…

- Seguramente te quedarías sin la casa.

Tras esa conversación recordé algo que no habíamos hecho con Sofía: la luna de miel. Ahí estaba la solución. Habíamos acordado postergarla hasta que el niño fuera mayor, pero ¿para qué? De repente lo veía todo claro.

Cristina y Luis se quedaban con Christian, Patricia, la canguro les ayudaría y Maite podría cuidar de la galería durante unos días.

Corrí raudo a exponerle mi idea a mi mejor amigo, él me salvaría la vida.

Ahora con el paso del tiempo cuando pienso en lo que tenía planeado la única explicación es que enloquecí.

No quiero excusarme, pero eso son cosas que sólo se pueden sentir si las vives.

Llegar a casa y encontrar la tele, el tocadiscos con el volumen a tope. Botellas vacías por toda la casa y tu mujer apestando a alcohol despertándote a las cuatro de la mañana para que le hagas el amor.

Y ya no sabes como explicarle que no beba, que necesitas tranquilidad en casa y lo más terrible, que ya no la deseas y que te da asco.

Por eso fui a ver a Luis. Quizás fuera mi Ángel de la Guarda.

Llegué a su casa. Estaba enfrascado en la crítica de un libro de poesía.

En verdad Luis quería haber llegado a ser escritor pero después de tantas notas diciendo:

> "Apreciado Sr Robles:
>
> Después de haber leído su obra lamentamos tener que decirle que no encaja en nuestra línea editorial.
>
> De todos modos no dude en enviarnos posteriores trabajos.
>
> Atentamente:
>
> Susana.
>
> Pedro.
>
> Olivia, Marta, Serafina, Carlos……"

Se rindió y desapareció un escritor de la faz de la tierra.

Al principio luchó y envió novela tras novela pero una tarde de otoño, le llegó una carta, igual a las otras, pero esta vez la firma le hizo pensar. Un simple nombre le hizo desistir, dijo que era una señal para que dejara ese sueño. El nombre era Melania. Melania, el nombre de la pánfila de "Lo que el viento se llevó". Quizás si el nombre hubiera sido Escarlata ahora Luis estaría en la lista de los best sellers.

Le expliqué mi plan a Luis mientras nos bebíamos una copa de coñac.

- Verás las cosas no van bien con Sofía, he pensado que a lo mejor el niño la pone nerviosa y que unos días fuera del país nos vendrán bien.

Luis me miraba con suspicacia, intuía que le estaba mintiendo pero desconocía la razón.

- Mira, Roger, por mi no hay problema y sabes que a Cristina le encantan los niños pero es una responsabilidad muy grande.

Le miré, con una amplia sonrisa y apuré el último trago de coñac.

- Confío en ti. Nos vamos mañana.

- ¿Mañana?

- Sí, pero no te preocupes, te lo traeré todo anotado y Patricia vendrá cada día.

- Que detalle… Roger, no pensé que tenías la cara tan dura.

Me dirigí a la puerta y en aquel momento llegó Cristina.

- Hola, querido ¿ya te vas?

- Sí, pero enseguida vuelvo… con una sorpresa.

- ¿Qué sorpresa?

Ahora te lo cuenta todo tu marido.

Bajé corriendo escaleras abajo (era un quinto sin ascensor), y enseguida pisé el asfalto.

Sabía que todo lo tenía planeado a la perfección.

Lástima que no hubiera podido contarle a Luis mi plan en Las Islas Canarias. Un plan digno de un asesino de Hitchcock: Asesinato a una esposa.

CAPÍTULO DECIMOSEXTO

Estuvimos tres días en Tenerife. Sofía parecía otra, no bebía tanto (excepto alguna Dorada, la cerveza típica de allí), y el clima la favorecía. Estaba más guapa que nunca, su tez bronceada aún resaltaba más el color de sus ojos.

Al tercer día, después de una excursión al Teide hicimos el amor. A pesar del deseo, de la atracción física no hubo nada más. Simple fornicación, como dirían los curas de antes. Ella notó algo.

- ¿Sucede algo Roger?

- No, ¿por qué?

La mayor y más ingenua de mis sonrisas.

- No sé, Roger estás muy raro desde que hemos llegado a las islas.

- Que va, tonta, imaginaciones tuyas ¿no será que te ha de venir la regla?

Se rio y me tiró un cojín a la cabeza.

Al cabo de un rato ella ya dormía. Yo no; saboreaba mi plan. Repasaba mentalmente cada paso, no quería que fallara nada.

Sofía hablaba en sueños. Palabras ininteligibles. Sólo podía distinguir la palabra no.

Llegamos a Lanzarote muy de mañana. Nos instalamos en el Hotel Beatriz, y después de deshacer las maletas nos dirigimos al islote de Hilario. Nos llevó un jeep, y una vez allí un autocar nos iba llevando en grupos para ver el paisaje de lava. Extraño, parecía que en aquel lugar se hubiera acabado el mundo, los tonos negros, grises y ocres me recordaron “El Planeta de los Simios”.

Mientras el guía nos iba explicando, pensé que cuando fuera mayor, traería a Christian para que conociese todo aquello.

Por un instante recordé a Mel… y a Isaac. Encendí un cigarro

La voz imperativa del guía me hizo volver a la realidad.

- Please, don´t smoke, gentleman.

- Disculpe, no me había dado cuenta.

- Anda, si es usted español, pensé que era alemán. Venga aquí delante, tomará mejores fotos.

Me giré y vi que Sofía dormía así que acepté la sugerencia de aquel hombre.

- Tiene usted una mujer muy guapa.

- S…í.

Contesté distraídamente, estaba absorto por el paisaje y por la música que sonaba en el autocar: Así hablaba Zaratrusta.

Al mediodía, después del espectáculo del géiser, nos dirigimos a comer. Sofía se extrañó, de que tuviera tanta hambre.

- Pero si ni siquiera es la una, ¿por qué tanta prisa?

- Porque me han dicho que el pollo a la canaria es buenísimo, y los chocos.

- Vale, pero no se irán.

- La comida no, pero el horario de “La cueva de los Verdes” sí.

- Y qué, tenemos más días.

El camarero nos indicó una mesa. Quería que fuera aquel día. No soportaba a aquella mujer. Es curioso todo lo que me había enamorado, su dulce voz, su cabello, sus ojos se me antojaba repugnante. Sólo podía ver su boca, torcida y repugnante como si de un reptil se tratara.

- Cariño, tienes la carta del menú al revés.

Por fin, a las seis llegamos a La cueva de los Verdes, visita obligada para cualquier turista que se precie. Sabía por Maite, que había estado allí, que la cueva era enigmática e incluso peligrosa, pues había partes cerradas al público. Cuentan que una vez se perdió un canadiense, y tardaron en encontrarlo. Todo ello era debido a que no contaban los guías cuantas personas llevaban en un grupo, cogían unos cuantos y ya está.

Sofía iba vestida de amarillo, lo recordaré mientras viva. Yo no tengo ni idea de que color iba, sólo recuerdo que sudaba, mi corazón latía con fuerza y mis manos temblaban.

- Bien señores, vamos a empezar la ruta de la cueva. Les ruego que si alguien padece claustrofobia, será mejor que se retire ahora. Hay pasillos muy estrechos y en algunos momentos tendrán que agacharse mucho. Y sobre todo, no se desvíen del grupo.

Sofía me dio la mano fuertemente.

Entramos en la cueva. Había muy poca luz, a medida que íbamos avanzando los pasillos se iban haciendo más estrechos y complicados, avanzábamos por subidas con grandes agujeros y no había, en muchos casos, ningún lugar donde sujetarse.

- Por favor si llevan niños no les suelten de la mano.

La voz del guía primero en español, dando las consiguientes explicaciones de la cueva y después en inglés me hizo acordarme con más fuerza de Christian, llorando porque su madre estaba borracha y tenía hambre, o porque no le cambiaba cuando lo necesitaba. Aquel niño que se acurrucaba en mis brazos y se dormía plácidamente.

- Señores hemos llegado al sitio más bonito de la cueva. La hora que hemos andado creo que les merecerá la pena cuando vean esto.

Nos hizo mirar abajo lo que parecía un agujero con rocas escarpadas. De repente tiró una piedra y el agua nos salpicó a todos. Era un reflejo de la parte de arriba.

- Increíble verdad señores. Tienen cinco minutos para realizar las fotos. A medida que estén, diríjanse al otro extremo.

Perfecto. Pensé que aquel lugar era genial. Esperaría a que todos fueran pasando y una vez nos quedáramos solos la empujaría.

Pasaron tres minutos interminables. Sólo quedaba un americano y ya está.

- Disculpe, no hablo muy bien su idioma. Podría pedirle un favor…

El americano quería fastidiar, eso estaba claro.

- Me gustaría salir en esta foto y como he venido sin familia ni nada. Luego, si quiere, le hago una con su mujer.

- No, no se moleste, preferimos sacar la vista sin personas.

Después de hacerle la foto, Steve, así se llamaba, se empeñó en

darme dólares. Los rehusé nervioso, porque no se iba. Sabía que aquel momento era perfecto. El guía, pensando que ya estaban todos, se dirigía hacia la salida de la cueva.

- Bueno, por lo menos quédese con el periódico, no me aclaro con su idioma. A leerlo, me refiero.

- Vale, vale, muchas gracias.

Cogí el periódico de aquel pesado y cuando se alejó le dije a Sofía que se acercara más al agujero que había al lado del agua.

- Es muy peligroso Roger.

- Que va, yo te sujeto. Desde allí tiene que salir una foto genial.

Al ir a cogerla por la cintura para, posteriormente empujarla, me percaté de que me molestaba enormemente el periódico. Lo dejé en una roca de la cueva.

A pesar de la poca luz, las letras enormes de la portada chocaron frontalmente con mis ojos.

- Cariño ¿no me sujetas?

Me puse lívido. Me mareé, la cueva daba vueltas y oía al guía llamándonos.

- ¿Que ocurre Roger?

En la portada del diario se leía: Suicidio colectivo de la secta “Almas del Padre”.

Una mujer joven, Melpomena Sabanés intentó huir con su hijo y se lo impidieron. La policía no pudo hacer nada.

Esa misma noche volvimos a Barcelona. Así dimos por terminada la luna de miel.

CAPÍTULO DECIMOSÉPTIMO

Cuando volvimos a Barcelona todo me pareció extraño, el aeropuerto, la gente, no parecía la misma ciudad en que nací.

Al llegar a casa y deshacer las maletas percibí la verdad de aquella idea. Yo había cambiado, ya no era el mismo.

Seguí con Sofía y ella conmigo pero ya no estábamos juntos. Ella hacía su vida y se acostaba con quien quería y yo me dediqué a ir de bar en bar acostándome con todas las chicas que encontraba atractivas.

Experimenté cosas nuevas como el menage à trois, con chicas de otras razas, y pude conocer muchas historias distintas. Incluso un día me acosté con una lesbiana.

Sofía no comentaba nada. Era como si hubiera un acuerdo tácito entre nosotros. Ella hacía su vida y yo la mía.

De todos modos el sexo no me hizo, como comúnmente se dice, encontrarme a mí mismo. Vendí la galería, por mucho menos de lo que valía, perdí dinero y, además estábamos poniéndonos en más gastos de lo que debíamos.

Christian estaba creciendo, y verdaderamente era lo único que me importaba.

Era siete de septiembre y me dirigí aquella tarde a “Negro”, el bar de moda en Barcelona. La música era demasiado estridente en la entrada así que me acomodé al final de la barra, era el sitio más tranquilo para pensar y poner en orden mis ideas.

Verónica se acercó con “mi cubata”, esa chica tenía memoria aparte de unas piernas esculturales.

Mientras se empezaba a deshacer el hielo, recordé el rostro de Raquel, su sonrisa radiante el día de nuestra boda; dieciocho de enero. El calendario marcaba el mismo día. Pero esa boda ocurrió treinta años atrás.

Pero… ¿en qué estaba pensando? Hacia calor, Verónica llevaba un gran escote y para nada estábamos en enero. Era septiembre, y había bebido demasiado. Quizás necesitaba tomar un café o quizás…

un polvo. Empecé a calentarme viendo las piernas de Verónica. Ya iba a llamarla cuando sucedió lo inesperado. Entró una mujer, de unos veintiocho años, nada especial, ni pechos grandes, ni vestida despampanante, por no ir no iba ni con falda. Tejanos, camiseta, y una delgadez extrema.

Cuando pienso en aquel día me doy cuenta que me impactaron sus ojos, eran límpidos, de mirada franca y emanaba, toda ella, sensualidad.

Iba con un tipo rubio, un poco extraño, pero por la manera de hablarse parecían simplemente amigos.

Le pregunté a Verónica quien era aquella chica.

- Es Ariadna, bueno todo el mundo la llama Anna. Es psicóloga, trabaja en el Paseo de Gracia.

Entonces recordé porque su imagen me era tan familiar, la había visto en televisión hablando de las mujeres maltratadas.

Aproveché un momento en que el tipo rubio se marchó al lavabo. Me acerqué a ella.

- Disculpe, ¿es usted Ariadna?, verá la vi por televisión.

Ariadna enrojeció y sonrió con nerviosismo.

- ¿Es la nueva forma de ligar?

- No, ¿cómo puedes pensar eso?

El tipo rubio, volvió y con cara de mosqueado. Quizá ella no sentía nada por él, pero aquello no era mutuo por la mirada que me echó.

- ¿Nos conocemos?

- Perdón, no me he presentado, Roger Sabanés.

- José, y ella es Ariadna.

Empezamos a hablar del tema de las mujeres maltratadas pero aunque alguien diría desde fuera que estaba siguiendo la conversación, yo sólo me fijaba en sus ojos y en la manera de desembarazarme de aquel tipo.

Ariadna pero todo el mundo la llama Anna. Dos Aes, Minerva tenía razón. Era ella. No cabía duda.

Y fue ella, después de aquella tarde en “Negro” hubo otras tardes. Y noches.

La primera noche llamé a Sofía. El pacto era por lo menos ir a dormir a casa pero en aquel momento sólo pensaba en acariciar aquella piel.

- Sofía, hoy no volveré a casa.

- No pensé que lo hicieras de esta manera Roger.

Con esa frase acabó nuestro matrimonio. Y a mis años, no quiero ni recordar cuantos empecé a vivir de verdad.

Me divorcié y luché por la custodia de Christian, sin conseguirla. Volví a abrir un negocio, una nueva Galería de Arte. Volví a creer en mí.

Ariadna me ayudó a salir del laberinto, y yo no iba a ser como Teseo, no la abandonaría, seguiría con ella mientras viviera.

FIN